

En el paraíso socialista español

1

In año después del triunfo del PSOE en las elecciones generales y de la formación del primer gobierno socialista en los últimos cuarenta años, nos parece tiempo suficiente como para fundar algunas reflexiones generales que pudieran extender la polémica, acerca de las directrices que rigen la política socialista y, sobre todo, en torno a lo que la acción del gabinete presidido por F. González denota de la naturaleza real de la particular ideología modelada por el «socialismo democrático».

Son numerosas las razones por las cuales la alternativa socialista del PSOE apareció para el Capital, como la más viable en el panorama político español.

Una vez que había fracasado el intento de articular una fuerza política netamente

capitalista y tecnocrática al desbaratarse la UCD, la única fuerza política capaz de asumir la tarea de normalización de la sociedad española era el PSOE. El partido y la coalición «burguesa» que encabeza Fraga cuentan con el inconveniente de un excesivo apego al reciente pasado franquista. Sus implicaciones políticas con el régimen de Franco suscitan una oposición por parte de amplios sectores populares de la sociedad española que interferirían a la hora de llegar al consenso que, en forma de pacto social, requiere la recuperación de la «economía nacional». Además, la base social del aparato fraguista lo constituye fundamentalmente el sector de la pequeña y mediana burguesía nacional que, aunque cuenta con una importancia cuantitativamente grande en la composición del empresariado español, no representa la punta de lanza en el actual proceso de reestructuración del capitalismo en España. Así pues, la baza de las fracciones hegemónicas del Capital se concretaba en el PSOE. Por otra parte, este partido se había dedicado durante los años de la transición democrática, a depurar sus veleidades socializantes. La abjuración del marxismo vino a ser una prueba significativa que, a modo de garantía, se ofreció a la burguesía. A partir de entonces, el Partido Socialista se lanzó a una campaña en la que explicitaba su concepción del socialismo en armonía con la economía de mercado. Fue así como se perfiló un modelo de economía mixta que es el eje central de la práctica del mentado partido.

Por otra parte, a medida que pasaba el tiempo se hacía cada vez más inaplazable un impulso decidido en la modernización del aparato del Estado en todos sus aspectos: institucionales, administrativos, políticos, económicos, etc. El PSOE era el único aparato político capaz de ofrecer la posibilidad del consenso necesario para acometer el plan de reestructuración del capital legitimando el Estado democrático mediante la integración del proletariado a través de las formaciones políticas y sindicales en el Estado (neo) corporativo del capitalismo descendente. Igualmente, el PSOE contaba con unos cuadros burocráticos que, por su formación académica en el mundo anglosajón, estaban familiarizados con las últimas expresiones de la ideología económica del Capital. Eran, pues, los perfectos tecnócratas capaces de poner en práctica la gestión de la crisis capitalista.

Por eso tuvieron su oportunidad.

Así que el PSOE, capitalizando la fuerza electoral de la izquierda y en convergencia con los intereses del gran Capital español y transnacional, se dispone a llevar a cabo la reestructuración del Capital en el proceso

productivo; propiamente dicho, así como la modernización de las instituciones políticoadministrativas que la reestructuración general de la dominación del Capital hace necesarias. Ahora bien, ello no significa que no existan dificultades; por lo que el gobierno socialista debe hacer frente a la resistencia, precisamente de esos sectores de la burguesía nacional que ven tambalearse su posición lograda al amparo del franquismo y que cierra filas en torno a Fraga. Obviamente la instauración de un estado democrático significa la articulación de unos mecanismos que dinamicen la economía de mercado; en la cual el papel del Estado como agente económico directo cobra especial importancia. Sin embargo, para una burguesía como la autóctona, acostumbrada a la relajación fiscal y al dinero fácil que, en forma de subvenciones, primaba la producción durante la dictadura, la modernización preconizada por los socialistas comporta una serie de inconvenientes cuya asimilación se hace difícil (control fiscal e incremento de las imposiciones, subvenciones limitadas a aquellas empresas privadas con perspectiva de futuro en la reestructuración, dificultades para la obtención de créditos debido al mantenimiento de unos altos tipos de interés, etc.) y que se traducen en un debilitamiento de esta fracción de la burguesía respecto a su competencia con el capital extranjero.

El aparato productivo del capitalismo español se halla atomizado en un gran número de pequeñas empresas y con un nivel tecnológico y productivo bajo; es decir, la mayor parte del complejo industrial español es «incompetente» de cara a la concurrencia en los mercados internacionales e incluso en el mercado nacional su posición se vuelve cada vez más delicada ante el empuje del capital permeabilizado del exterior. Si a la incapacidad objetiva de la realidad de un capital escasamente concentrado y con un aparato productivo las más de las veces obsoleto unimos factores subjetivos que entroncan con la más sana tradición de la secular atonía de la burguesía española, entenderemos mejor la incapacidad objetiva del capitalismo español para comandar el relanzamiento económico y su subordinación respecto a los sectores más dinámicos del Capital internacional. Y ya se sabe que tal subordinación supone, en un proceso de reestructuración como el que estamos viviendo, el peligro de verse eliminados simple y llanamente de la esfera del mercado. La inminencia de desaparición o absorción de amplios sectores de la pequeña y mediana empresa nacional no es un proceso ni mucho menos fácil, predisponiendo a una fracción de la burguesía ya de por sí bastante susceptible, a una oposición cerrada y cerril frente al gobierno socialista.

En este nº 1 de Correspondencia, publicamos:

- la convocatoria y dos trabajos que aportamos como inicio y preparación del debate que celebraremos el próximo 21 de enero en Barcelona sobre ESTADO ACTUAL DE LA TECNOLOGÍA y ORGANIZACIÓN SOCIAL. En un próximo número publicaremos el resto de las aportaciones que nos lleguen así como posiblemente un resumen del debate. Cualquier material sobre el tema podéis enviarlo al Apartado de Correos.
- un proyecto de asociación de tendencias revolucionarias remitido por los compañeros que integran el Comité de Correspondencia de París.
- dos trabajos donde analizamos y desarrollamos algunas ideas sobre la situación actual en España al cumplirse un año de la victoria electoral del Partido Socialista.
- una síntesis reducida de un texto sobre las revueltas urbanas en Gran Bretaña en el verano del 82.
- un texto de Marx, con el que pretendemos iniciar la publicación y debate de textos semiolvidados y que consideramos de sumo interés y actualidad.
- un resumen del artículo de W. Andreff que trata sobre las estrategias de las empresas multinacionales en el actual período de crisis.
- una octavilla publicada en Francia sobre el tema del racismo y firmada por los Partidarios de la Comunidad Humana.
- un trabajo de dos compañeros venezolanos que lo titulan: «un marxismo maldito» y del que publicamos sólo una parte dada su extensión total.
 - Asimismo indicaros que estamos preparando un número que tratará sobre la situación en Estados Unidos, y otro que será dedicado a P. Mattick.

Si, además, tenemos presente que esta fracción de la clase dominante, surgida al calor del general Franco y portadora de una ideología nada proclive a los melindres democráticos propios de las burguesías europeas, obtendremos las líneas maestras de lo que delimita la oposición política en España. Pero también nos ilustra acerca de la mistificación que hace aparecer la representación política del PSOE, como fuerza progresista de izquierda. En el juego de las representaciones políticas la situación española puede inducir a equívocos tales, como considerar al Partido Socialista representante, de los intereses de los trabajadores por el mero hecho de que la oposición se aglutine homogéneamente, en una fracción de la burguesía tradicional. Si esta oposición se da es, precisamente por el marcado carácter capitalista de aquel que en su gestión reestructuradora del Capital se ve emplazado a tomar partido por la fracción hegemónica frente a la burguesía nacional. Lo verdaderamente relevante del paso al primer plano de la escena política española del PSOE es que se erige en representante de los intereses de clase de una de las fracciones que pugnan, por comandar la reestructuración reflejando fielmente el estado actual del proceso de recomposición de la clase dominante a que la reestructuración da lugar. En la medida que hablamos de reestructuración reconocemos implícitamente la realidad de esta vicisitud, como determinada por el Capital en proceso; o sea, estamos tratando de un reajuste en la dinámica del Capital en proceso y de sus repercusiones en la formación social a aquél sometida y, particularmente, de las transformaciones que se operan en el seno de la propia clase dominante por el comando reestructuración. En consecuencia, representaciones políticas de la reestructuración, una vez comprobada la incapacidad del proletariado para interferirla y constatando su repliegue, pasan a ocupar todo el espacio de lo político. Los divergentes intereses económicos de las diferentes fracciones burguesas devienen discrepancias políticas y lucha por el control del Estado. En este sentido cabe entender el acceso al gobierno del PSOE en tanto que fuerza política «progresista» del Capital.

En la feroz competencia que se experimenta entre los diversos capitales en la fase de reestructuración no hay lugar para titubeos ni paños calientes: o la alianza, en la medida de lo posible, con el capital concurrente, lo que supone absorción en un complejo industrial de mayores dimensiones y mejores condiciones, o bien desaparecer definitivamente. En cualquier caso, esta disyuntiva resume el proceso de decantación del capital español en el sentido de acelerar la desaparición de los elementos (sectores; empresas) arcaicos y dinamizar la integración de los

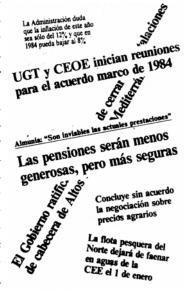
elementos aún válidos en la cadena del capital transnacional. Así lo entendió el ministro de Economía y Hacienda, M. Boyer, al reconocer explícitamente que con el mantenimiento de unos tipos de intereses altos lo que se pretendía era que los capitalistas españoles buscasen fuentes de financiación en el extranjero; o sea, internacionalizar el capitalismo español. Como, por otro lado, reestructuración comporta redimensionamiento de la formación del Capital el PSOE encontraría un aliado natural para oponerse a las fracciones arcaicas del Capital que representan, ideológicamente, la oposición política al Gobierno.

Se da, de este modo, una convergencia entre las fuerzas progresistas del Capital (PSOE/capitalismo transnacional) frente a los sectores más retrógrados de la incapaz burguesía nacional para llevar a cabo el último acto de la fragmentaria revolución burguesa en España.

Es en este contexto en el que las intentonas golpistas adquieren una explicación coherente. Son los sectores más reaccionarios del Capital español; esos que ven cada vez más seriamente amenazada su hegemonía política, económica y social los que cierran filas en torno a sus tradicionales perros de presa. No hay que olvidar que el proceso «democratizador» se llevó a cabo sin «ruptura», fue «pactado» con los franquistas reformistas». Los términos del pacto comprometían a la izquierda a mantener intacto el aparato militar, judicial y policial heredados del franquismo. No es, por tanto extraño, que un ejército surgido de la «victoria» sobre la izquierda y perfectamente compenetrado con la ideología de la burguesía más ultramontana, intente remediar lo irremediable para preservar los intereses de clase de sus patrocinadores con la metralleta en la mano.

En resumidas cuentas, nuestras objeciones no van dirigidas en el sentido de la «crítica política» a la acción

del Gobierno socialista. Ni pretendemos justificarla ni, mucho menos, contraponerla a «nuestra alternativa» de gestión del Estado. No cabe otra opción política que la seguida por el PSOE. Y no cabe porque la política está agotada; no da más de sí. El espejismo de las representaciones políticas socialistas derivan de una proyección fetichizada del Capital,



como algo perfectible, reformable y tal fetichización era posible cuando el Capital en proceso, en su fase ascendente, era dúctil y el reformismo tenía un sentido: el del capital. Pero el grado de esclerotización alcanzado por el Capital en proceso en la actualidad, prolongándose sin remedio la situación de crisis rampante, no deja lugar a veleidades reformistas. Solo puede existir una política y es aquella que refleja directamente las necesidades del Capital en proceso. Sólo eso; es decir, la Política, en tanto que forma reificada de las relaciones sociales presididas por el Capital o la profundización en la autonomización de la subjetividad proletaria en su práctica tendencial hacia el Comunismo.

2

Acabamos de hablar de un repliegue del proletariado, de una incapacidad del proletariado para interferir la reestructuración necesaria al Capital español. Bajo el gobierno socialista se está llevando a cabo tal reestructuración sin un movimiento huelguístico importante. Nos preguntamos pues por las razones de esta movilización que se contrapone al auge del movimiento asambleario hasta el año 77 aproximadamente, en que por toda la geografía española y por los más variados sectores se desarrollan luchas autónomas con comités elegidos y revocables. ¿Y por qué precisamente hoy, en un contexto más duro para los trabajadores, no se da tal respuesta?

Lo que decimos del contexto más duro no creemos que sea demagogia para con el actual Gobierno. Sencillamente nuestra experiencia en nuestros lugares de trabajo nos muestra que la agresión capitalista es mucho mayor: ha aumentado la disciplina en el trabajo, las condiciones de trabajo han empeorado a la par de aumentos de productividad sustanciales, y todo ello en un contexto de empobrecimiento real (los convenios se firman por debajo de la inflación). Por otra parte y subrayando aún más esta agresión mayor, las relaciones entre compañeros en los lugares de trabajo se han deteriorado: el aumento del control y de la disciplina, el cansancio consecuente al aumento de la productividad, un cierto sentido de culpabilidad por no presentar batalla a tiempo, la falta del ejercicio de la solidaridad en este tiempo de reflujo.., acaba por anular lo que aún podía quedar del aprecio al trabajo e incluso de lo que había de comunidad asalariada.

Múltiples son las razones que pueden explicar tal repliegue: la caída con el postfranquismo de unas expectativas globales; el ejercicio de la política y de la delegación de poder que vaciaba las luchas hacia promesas participativas; el rol integrador de los sindicatos (aunque aquí tendríamos que ir mucho con la rebaja pues por una parte la afiliación ha sido mínima y

por otra el anterior movimiento asambleario nunca dejó de ser básicamente sindical); el repliegue —que ahora no vamos a explicar ni a valorar— de una militancia pero hay una quizás más simple que es, simple y llanamente, la realidad del paro. El miedo al paro es el que atenaza con fuerza a cada uno a su puesto de trabajo y no lo suelta ni para parar, ni para reivindicar con el sindicato. Quizás más que la represión e incluso la cárcel de antaño, la materialidad del paro acalla por el momento toda rebelión.

Ello explica el hecho aparentemente paradójico de que es, precisamente en una circunstancia como la actual, de disgregación y receso de las luchas del proletariado español, cuando la fuerza supuestamente representante de los intereses del proletariado, accede al poder.

3

El epicentro de cualquier política económica en el capitalismo desarrollado gira en torno al gasto público y, más concretamente, el papel que juega en estos modelos de economía mixta la producción inducida por el Estado. Lo que diferencia a unas de otras, entre las diversas mercancías políticas ofertadas en el mercado electoral, es el mayor o menor grado que, en el conjunto de la economía, representa la producción inducida por el Estado.

Si la socialdemocracia clásica, como sus deudores leninistas, identificaban nacionalización con socialización propugnando la nacionalización total de la economía nacional, sus epígonos se conforman con un tímido plan de nacionalizaciones subordinado a los intereses de la acumulación privada de capital. La función complementaria de la producción inducida por el Estado en el modelo keynesiano de economía mixta contribuía a incrementar la demanda efectiva estimulando, con ello, el sector privado del capital productivo, se verifica en la actualidad en toda la dimensión de la real subordinación de la orientación del gasto público a los intereses del capital privado, o dicho de otro modo, la subordinación de las necesidades sociales que, a grandes rasgos, se representan en los conceptos del gasto público a los requerimientos a la acumulación privada de capital.

Sería prolijo entrar aquí a analizar con detalle todas las implicaciones de la política económica socialista. Por eso, tomaremos algunos datos que sirvan, a modo de referencia general para ilustrar el plan de modernización del capitalismo gerenciado por el PSOE.

Como no está el horno para bollos ni el ánimo para alegrías keynesianas, la racionalización económica pasa en primer lugar por el control y la limitación del gasto

público, ya que al ser la producción inducida por Estado no improductiva y deficitaria, un incremento exagerado en la misma acarrearía un agravamiento en las tendencias inflacionarias. Así pues, se impone, como inaplazable, la racionalización del sector público lo que quiere reconversión decir industrial en busca de mejores condiciones de productividad en las públicas. empresas Puesto que el plan de reconversión, en contexto general de la reestructuración, se ha de guiar por criterios capitalistas de eficiencia, la primera consecuencia es el incremento del desempleo. Por ejemplo, en el plan de reconversión de la industria naval se prevé la pérdida de 20.000 puestos de trabajo y la reducción a poco más de la mitad de la producción. Por otra parte, en lo que se refiere a la siderurgia, tenemos los casos ejemplares de Sagunto o Ensidesa (ambas públicas) sacrificadas en aras de los intereses de Altos

Hornos (privada) y de las imposiciones del mercado provinentes de la CEE.

Si nos fijamos en el affaire del holding Rumasa vemos repetirse la historia. La nacionalización vino a atajar lo que hubiera sido de cualquier manera inevitable de haber continuado Ruiz Mateos con sus trapicheos financieros: un crack del grupo con 100.000 trabajadores en la calle. El Gobierno al efectuar la nacionalización se adelantó a lo que hubiera sido un escándalo, como los usuales en el pasado reciente, y vino a poner las bases para sanear Rumasa con la firme promesa a sus aliados de la Banca de reprivatizar aquellas empresas potencialmente rentables. El revuelo que la expropiación levantó en un primer momento sólo resultó cháchara de patio; ni siquiera la oposición fraguista pudo instrumentalizar políticamente la medida del Gobierno una vez que la Banca la calificara de pertinente.

EL GOLPE HA TRIUNFADO

En la noche anterior, su triunfo era aún incompleto. Cuando a las 12,40 horas TV nos ha dado la imagen del asalto al Parlamento, el golpe ha redondeado su eficacia, desvelándonos su contenido: para qué sirve. El rostro imperturbable de Calvo Sotelo podrá suceder al rostro perturbado de Tejero, integrándolo. La racionalidad económico-mercantil se afianzará ante las veleidades de otra racionalidad comunitaria de tantos portuarios, de tantos transportistas, de tantos abstencionistas, de tantos asamblearios.

En el mundo al revés en el que aún vivimos, donde el que produce se queda sin lo producido, donde se produce no para hacer objetos de uso sino para acumular valor, la imagen y la lógica utilitaria del valor de cambio nos dan la clave interpretativa de lo que acontece. La relación hecho, discurso e imagen queda invertida cobrando la imagen el protagonismo utilitario. La economía mercantil con su racionalidad económica sitúa el para qué sirve, como base de comprensión.

La imagen de un coronel secuestrando el Parlamento será lo que operará cara a la utilidad para el sistema establecido. Así, más que perdernos en el quienes han sido, en preguntarnos si es un montaje organizado o la espontaneidad de unos locos, lo que desvela el contenido de lo acaecido es: para qué sirve. Para:

- afianzar un gobierno más de derechas arropado por la democracia.
- justificar nuestra miseria actual mostrándonos un peor.
- involucrar a los obreros en la defensa de la democracia haciéndoles tomar partido por una de las soluciones capitalistas.
- cerrar filas contra el movimiento autónomo de los obreros.
- barrer el paso al comunismo.

El capitalismo español e internacional en España no puede funcionar sin la moderna integración de la clase obrera. De aquí su remodelación democrática con elecciones, partidos y sindicatos que impidan el movimiento autónomo y asambleario del proletariado y le involucre en el interés democrático como suyo. Si la resistencia proletaria a tal manipulación es fuerte será preciso presentar un peor para afianzar lo existente o menos. Hasta ahora creían suficiente hablar del peligro de un golpe de Estado. Éste jugaba el papel que el ejército de reserva juega cara a la acumulación: rebajar los salarios. Aquél pues, rebajar las libertades. Abora ha sido preciso no sólo la amenaza sino la imagen. Y el efecto será inmediato: más votos para «Poldo»; llamamiento de todos a movilizarnos para conservar las instituciones democráticas: el Estado, el trabajo asalariado, las causas de nuestra opresión y de nuestra explotación, relanzar la ideología antifascista oponiendo dictadura a democracia para ocultar la oposición capitalismo-proletariado, recordando el horror de la dictadura para que olvidemos el horror de la normal y cotidiana dictadura del Capital.

Hoy los obreros estamos divididos, separados. Reivindicamos en tanto que grupos en la sociedad pero no en tanto que proletariado para dejar de serlo. Pero el que hoy, estos días, no podamos abordar la destrucción del Capital para abrir el paso a la comunidad humana mundial, no quiere decir que no sepamos cual es nuestro terreno de clase, ni al lado de Tejero ni al de Mellado, ni al lado de los tanques ni del Parlamento, ni al lado de la dictadura ni al de la democracia, sino contra el capital por el comunismo.

14 febrero 1981.

(Octavilla distribuida el día siguiente del frustrado golpe de Estado llevada a cabo por diversos militares en España)

A pesar de todo, el déficit presupuestario tiende a ir *in crescendo*; la insuficiente valoración del conjunto del Capital operante en España para acometer la reestructuración, hace necesarias la adopción de medidas por parte del Estado, que inciden negativamente en el déficit presupuestario: moratorias en el pago de las imposiciones de la Seguridad Social a las empresas en situación de crisis; reducción de la tasa de cotización empresarial a la Seguridad Social, etc. Todo ello encaminado a reestablecer una tasa de acumulación del capital privado acordes a las necesidades de la reestructución.

Pero el plan de modernización del capitalismo español contempla, de igual modo, la plena inserción de hecho y de derecho en los circuitos del mercado mundial, con una posición subordinada respecto a los países capitalistas del centro. Esta integración no sólo

económica (CEE) sino política y militar (OTAN) ubicará a España en su lugar correspondiente en la cadena del Capital transnacional, siempre en estrecha dependencia de los intereses del capitalismo occidental.

Independientemente de las razones geoestratégicas que asisten a la tesis de integración en la OTAN, también podemos hallar poderosas razones económicas. La modernización del utillaje del ejército español pasa por el estrechamiento de vínculos de dependencia tecnológica respecto a la metrópoli (USA). Para países como España, la adquisición de armamento es una vía de transferencia de plusvalía hacia el exterior que viene a favorecer el desequilibrio de la balanza comercial en detrimento de las posibilidades de la acumulación de capital en el propio país (por ejemplo, la compra de los aviones FACA que supone una forma de tributo de los vasallos españoles al déspota de Occidente).

Sin embargo, la integración atlantista contribuirá, igualmente, a la puesta al día de un ejército menos comprometido con el pasado y más con la defensa de los intereses de Occidente en su conjunto. De esta forma se tiende a aislar los núcleos golpistas, relegados a un segundo plano en favor de los sables democráticos más adecuados a la asunción de las funciones operativas en un ejército

multinacional, como debe corresponder a la actual fase de desarrollo del Capital.

No obstante todas las medidas concretas que de orden financiero y administrativo el gobierno socialista pone en práctica y de las que la prensa da puntual cuenta, queremos llamar la atención sobre el hecho de que toda esta política se articula en torno al endurecimiento de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo.

4

El restablecimiento de la tasa de acumulación para el Capital privado pasa necesariamente por un incremento en la explotación de la fuerza de trabajo (incrementando

ESPAÑA, PRIMER COMPRADOR OCCIDENTAL DE ARMAS A EE UU EN EL ÚLTIMO AÑO

Madrid

El Gobierno español ha firmado, entre julio de 1982 y junio de este año, contratos para adquirir armamento avanzado estadounidense por valor de 3283 millones de dólares -unos 492.000 millones de pesetas al cambio actual-, con lo que se ha situado en el primer lugar de la lista de clientes de armamento, por delante del Reino Unido, según datos incluidos en el Military Balance 1983-1984 que edita el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres. En ese mismo período, el Reino Unido firmó contratos para adquirir armas norteamericanas valoradas en unos 3.200 millones de dólares.

Los contratos suscritos entre España y Estados Unidos son los correspondientes a la compra de 72 aviones de combate F-18A (por valor de 2.600 millones de dólares), 12 aviones AV8-B de despegue vertical (379 millones de dólares), 10 helicópteros (275 millones de dólares), y 12 misiles antibuque Arpón (29 millones de dólares), según el citado informe británico

Otros países que en esa época han firmado elevados contratos con Estados Unidos son Arabia Saudí (más de 2.600 millones de dólares para comprar 6 aviones de transporte de combustible y misiles aire/aire), Egipto (más de 830), Japón (más de 150), Corea del Sur (67), Portugal (150), Dinamarca (33), Turquía (50), Israel (16), Bahrain (92), Jordania (45), Líbano (más de 35), Omán (30), Túnez (33) y Colombia (50).

El contrato más elevado que se firmó en los mencionados meses, concretamente en junio pasado, fue el suscrito entre Arabia Saudí y Francia, por valor de 15.000 millones de dólares (cerca de 2,2 billones de pesetas). Por este contrato, Francia venderá a Arabia Saudí un complejo sistema de defensa antiaérea. En total, este país de Oriente Próximo firmó en esa época contratos por un valor total superior a 17.100 millones de dólares.

la productividad y restringiendo, en general, el valor social de la fuerza de trabajo mediante la reducción del gasto público). Para ello se arbitran una serie de medidas relativas a la legislación laboral y se establece un riguroso control sobre el salario en términos monetarios.

La búsqueda de salidas a la situación de crisis, desde el punto de vista del Capital, orienta hacia obtención del Pacto Social en el cual los trabajadores asuman la imposición de una serie de cortapisas que, encaminadas a la desvalorización creciente de su fuerza de trabajo, haga posible un incremento de la tasa de beneficio que repercutiese en un sentido positivo de la política de empleo a través de las nuevas inversiones. Esta es la lógica que preside el plan económico socialista porque esta es la lógica del Capital en proceso. Estimular la inversión privada sólo es posible si las perspectivas de rentabilidad son claras y para que esto sea así, es necesario que el «valor» de la fuerza de trabajo se reduzca en su conjunto. La fijación de

incrementos salariales por debajo de las tasas reales de inflación es uno de los factores de esta política que denota, por el agravamiento en las condiciones de vida del proletariado, ese proceso generalizado de desvalorización de la fuerza de trabajo favorecedora de la acumulación de capital.

Si a todo esto unimos la acción complementaria que, reduciendo el gasto público, tiende a contener la escalada de la inflación, obtenemos las líneas maestras en que se inscribe el proceso de proletarización-depauperación de la sociedad española gestionada por el PSOE.

Se propala el logro de la administración socialista consistente en ralentizar las tasas de inflación, según las cifras oficiales, alrededor del 12%; pero lo que se

oculta decir es que ello es posible gracias a una disminución real del poder adquisitivo de los salarios, al incremento de las imposiciones fiscales y la seguridad social de los trabajadores así como al incremento de las tasas y contribuciones municipales, sin que suponga mejora alguna en la cantidad y calidad de los servicios. Por otra parte, la política antiinflacionaria se ha visto acompañada por un aumento en la tasa de desempleo, verdadero talón de Aquiles de la política económica del capitalismo en crisis. La liberalización del mercado de la fuerza de trabajo (flexibilización de plantillas que, en realidad, es una modalidad de despido libre) parece abocar a la formación social española, sometida a un proceso acelerado de proletarización, a la pendiente del desempleo sin fin previsible. A lo único que alcanzan las medidas gubernamentales es a ralentizar la tendencia creciente del desempleo pero no a invertirla. Los sistemas de contratación temporal o las facilidades concedidas a empresarios para la contratación de aprendices -lo que es una forma de aportar fuerza de trabajo a bajo costo- así como la política de empleo directamente asumida por el Estado a costa del déficit presupuestario, siempre coartada por el peligro de desatar la inflación, sólo contribuyen a escamotear la realidad bajo formas de paro encubiertas.

No deja de ser sorprendente que la verificación empírica de la tesis marxiana que considera la dinámica del Capital en proceso en el sentido de una creciente proletarización-depauperación de la fuerza de trabajo social venga patrocinada por un gobierno socialista, sobre todo, cuando aquella tesis fue tildada en los últimos años por los entendidos en el tema económico, como una alucinada previsión de una mente decimonónica «completamente refutada por la realidad».

En cualquier caso, lo paradójico del hecho de que sea el socialismo el encargado de acelerar la formación de la masa proletaria en España, es tan sólo producto de una primera y superficial impresión de quienes aún consideran la ideología socialista como algo diferente a la ideología del Capital.

Las burocracias socialistas, representantes de los aparatos ideológicos e institucionales a la vez que administradoras del movimiento obrero dominado, asimilado y alineado por su propia debilidad con el Capital, devienen pieza fundamental en la formación del estado corporativo del capitalismo descendente. En este sentido, el Socialismo, en tanto que forma gerencial del capitalismo en crisis, aparece como la última fase, expresión o recurso de la autonomización del Capital y de su dominación real sobre el Trabajo. El Socialismo, en suma, viene a ser la mitificación - última forma de la mistificación del Capital del Comunismo.

Frecuentemente se olvida que de una población activa de 13 millones la población asalariada cuenta con una proporción de 7 millones -de los cuales la mayor parte pertenecen a pequeñas y medianas empresas- lo que es indicativo de la debilidad estructural del proletariado español y, más particularmente, de la escasa proporción del proletariado industrial vinculado a las formas más desarrolladas de la explotación capitalista; fracción de clase esta última que constituye la vanguardia real y natural de la lucha de clases y sobre la que recayó el peso de las luchas de masas durante el franquismo. Quizás haya que reconocer en esta debilidad del proletariado su incapacidad para derrocar al dictador. Franco murió en la cama y los representantes nominales del proletariado pactaron con los herederos del general, si no con la anuencia sí con la impotencia de aquél. Con tal panorama, la tarea del Partido Socialista en el Gobierno, precisamente por ser racionalizadora y dinamizadora de la explotación del Capital en España, es la contribución necesaria de la fuerza progresista capaz de llevar a cabo el proceso de proletarización en la formación social. Proletarización que significa eliminación de los pequeños capitalistas comerciales e industriales y sometimiento de las actividades «profesionales» a su dimensión real en el proceso de (re)producción social en un contexto general de desvalorización de la fuerza de trabajo social (depauperación). (Ver a este respecto, por ejemplo, la resistencia de los profesionales de la medicina hospitalaria al sometimiento a una disciplina industrial que sintonice su realidad laboral con la realidad de su función en la reproducción de la fuerza de trabajo).

En resumen, ya que el desarrollo de la dominación del Capital gestionado por los socialistas comporta el desarrollo simultáneo del Proletariado, como fuerza antagónica de aquél, el Socialismo cobra así su significación real en tanto (¿última?) forma progresista del Capital que, desarrollando las fuerzas productivas, determina la formación de la oposición de clase proletaria. De este modo, y malgré lui, el Socialismo se configura como elemento mistificado de la posibilidad real del Comunismo en la proyección práctica de la subjetividad proletaria que aquél contribuye a desarrollar, cuantitativa como cualitativamente, en su administración «social» del Capital en crisis.

5

Cuando se maneja el término proletarización no nos referimos exclusivamente a un incremento cuantitativo del proletariado, presencia masiva y relevante en la composición proporcional de la formación social española; sí nos referimos, también, al profundo

cambio cualitativo que se lleva a cabo en el componente subjetivo, de clase, del Proletariado. Estamos experimentando una profunda metamorfosis de la subjetividad proletaria. La inestabilidad en el empleo, la habituación al desempleo por parte de los más jóvenes, la contratación temporal, favorecidas por las medidas emanadas del gabinete socialista, da lugar a la creación de un «clima psicológico» de desafección al trabajo. El discurso de la ética del trabajo, quinta esencia de la ideología burguesa de la cual se hacen eco los socialistas se diluye ante la imposibilidad real del «trabajo estable y para todos». Era fácil mantener el discurso de la ética del trabajo en los momentos en que la expansión capitalista ofrecía la posibilidad de un empleo estable capaz de integrar la práctica real y cotidiana de la subjetividad proletaria en el universo del Capital en proceso: pero cuando el propio ministro de Trabajo, Almunia, dice que es necesario hacerse a la idea de que el puesto de trabajo no es algo vitalicio, las posibilidades de imbuir el «espíritu de empresa» entre los trabajadores se reduce considerablemente.

Aunque la recomposición proletaria sea aparentemente fragmentaria (oposición del proletariado activo a la fracción del proletariado en situación de desempleo) el hecho irrefutable es que la inminencia del despido, incluso para los «más fieles productores», por causas de «fuerza mayor» y el incremento del control y explotabilidad de la fuerza de trabajo (la reestructuración es siempre represiva), de un lado, y la formación de una fracción de proletariado urbano joven, por otro, incurso en un proceso de (re)producción inestable y precario (trabajo negro eventual y marginal) contribuyen a crear un estado cada vez más generalizado de inadaptación a la disciplina propia del proceso productivo, de desafección y rechazo visceral del trabajo.

Sin duda, tales apreciaciones no son sino la tendencia real en la recomposición de la subjetividad proletaria y de sus vicisitudes, similares a las recorridas por otras fracciones nacionales del proletariado europeo. Que

UNA VICTORIA SOCIALISTA SERÍA BIEN ACOGIDA POR LOS BANCOS INTERNACIONALES

Los eurobancos estarían en su conjunto encantados si el partido de Felipe González sale vencedor en las elecciones de España. Ellos estiman que el Partido Socialista Español es el único que puede hacer volver al orden los asuntos económicos y financieros del país y sobre todo, cosa que ha visto de la experiencia francesa, evitará cometer los errores de la administración Miterrand. En efecto, igual como la izquierda en Grecia, la de más allá de los Pirineos, entre otras, se da cuenta ahora de que la necesidad de reducir el tiempo de trabajo, de relanzar el consumo y de nacionalizar sociedades que sólo engendran pérdidas, no es evidente.

Asimismo no es la proximidad de las elecciones legislativas es España lo que vuelve a los grandes bancos comerciales del mundo entero poco favorables a la idea de prestar 200 millones de dólares suplementarios al reino de España tal como éste le pide; es más bien la ineptitud de dos sociedades del sector público español de rembolsar sus deudas exteriores lo que vuelve circunspecta la comunidad bancaria internacional. Alumina y Aluminio, las dos sociedades que producen la alúmina y el aluminio en España, no han podido en el presente contexto de crisis económica, realizar sus objetivos iniciales. En consecuencia, son incapaces ahora de asumir la carga de préstamos de 150 y 200 millones de dólares respectivamente que han obtenido del euromercado en 1979 y 1980. El INI es la entidad ibérica representante de los intereses del gobierno español en las dos compañías. La sociedad canadiense Alcan y la francesa Pechiney son los dos compañeros extranjeros.

De todas formas, los objetivos de unos y otros divergen profundamente. Los españoles esperan, aún con las dificultades financieras actuales, echar la mano sobre el conjunto, mientras que los franceses y los canadienses intentan escapar a las maniobras del INI y obtener una reestructuración industrial. La ironía será, quizás, a la salida de las próximas elecciones españolas, ver dos gobiernos socialistas peleándose con armas eminentemente capitalistas para salvaguardar sus intereses respectivos. En las últimas noticias, el INI ha aceptado cumplir su parte de intereses que asciende a 8,5 millones de dólares sobre los eurocréditos en curso. Anteriormente lo había rehusado, seguramente para acelerar la puesta en liquidación judicial de las sociedades concernientes, a fin de poder reemprenderlas después. Por contra, Pechiney se había guardado liquidar su parte de deuda, justamente para evitar el depósito de balance.

Esta pequeña guerra va en contra de los intereses del reino de España. Este último no puede tener muchas esperanzas de convencer a la eurobanca de prestarle de buena gana 200 millones de dólares cuando en el mismo momento, otras sociedades en las que él participa tienen dificultades en cubrir sus deudas interiores.

(...) En revancha, la crisis en la que se debate Explosivos Río Tinto, otro grupo español que está en la incapacidad de plantar cara a una deuda de un total de 1,2 millares de millones de dólares, no afecta a la credibilidad del reino de España porque se trata del caso de una sociedad privada...

Le Monde, 24 y 25, octubre 1982

no aparezcan tendencias claras a la homogeneización en la recomposición proletaria unificadoras de la práctica antagonista contra el Capital y el Estado, no significa que la clase obrera haya desaparecido, ni

mucho menos que la lucha de clases haya sido liquidada definitivamente por la imposibilidad presente del Proletariado en articularse como fuerza antagónica homogénea. Si el optimismo es la mera obcecación frente a una realidad mistificada, el pesimismo no es sino la «otra» posibilidad del optimismo en la contemplación de una misma realidad mistificada. Antes de rendir armas frente a una realidad que cuestiona todos nuestros principios teóricos del pasado preferimos afrontarla sin reservas y hasta sus últimas consecuencias. La presente recomposición proletaria abre una perspectiva de futuro que se cifra en la transformación y expansión de lo que era el sujeto revolucionario «clásico» apuntando hacia la autonomización-oposición real al Capital en proceso. La economía «social» de mercado, expresión eufemística de la autonomización real del Capital, revela en su definición misma el carácter social (aunque mistificado) del propio proceso del Capital. La autonomización del Capital por la que deviene proceso de socialización comporta, de igual modo, la transformación de la forma (oposición real) y de la cualidad (subjetividad proletaria) del antagonista. Estamos, pues, en el hiato de la transformación del obrero-masa al obrero-social cuya expansión se ve determinada por las particulares condiciones de crisis a nivel mundial; entramos en una fase, quizás decisiva y definitiva, de la oposición histórica entre el Capital y el Trabajo.

En el caso español, además, la recomposición proletaria se ve mediatizada por la derrota del proletariado que supuso el «pacto de transición democrática» con el que se cierra el ciclo de las luchas del obrero-masa. La oposición al franquismo articulada en torno a la fracción más combativa del proletariado se saldó con la frustración del pacto con los representantes del régimen anterior. Que el proletariado fuera incapaz de echar abajo la dictadura, primero, y que se dejara desarmar por sus propios administradores político-sindicales, después, nos confirma la debilidad real del proletariado español que ha visto, así, comprimida en un tiempo breve y constreñido por unas circunstancias (crisis) poco propicias a la acción «integrada» de tipo sindical, su experiencia, como clase. Es decir, el sindicalismo entra en juego en España en un momento en el que la aceleración de la reestructuración, conformando nuevas necesidades y comportamientos en el proletariado deja a la intervención sindical y política totalmente desconectada de éste. Algo significativos son, a nuestro entender, que después de cuarenta años de espera por el ejercicio de los derechos democráticos, entre ellos el de libre sindicación, las cifras de afiliación sean de las más bajas de Europa. Si el proletariado europeo tuvo la experiencia de la práctica sindical y pudo, con ella, sacar sus propias conclusiones, a lo largo de una secuencia que se prolongó desde el final de la 2ª guerra, acerca de la verdadera naturaleza del sindicalismo, abiertamente opuesto en las actuales condiciones de crisis a los intereses de clase proletarios; el proletariado español vio reducida su experiencia del sindicalismo a unos pocos años que, desde la muerte de Franco hasta el presente, no encontró «nada» que ofrecer a los trabajadores sino el llamamiento al consenso con sus enemigos de clase «a fin de salvaguardar las libertades democráticas y relanzar la economía nacional en un esfuerzo conjunto».

El sindicalismo europeo tuvo su esplendorosa primavera en la expansión capitalista de postguerra y en virtud de su condición de partenaire del Capital pudo conseguir un cierto grado de credibilidad y legitimidad entre los trabajadores; pero el sindicalismo español entra en escena en un momento de profunda crisis económica en la cual no puede establecerse como representante del proletariado porque, desprovisto de su carácter reivindicativo y sometido sin ningún recato a los dictámenes del gobierno socialista, se presentan como meros aparatos vacíos, cuadros burocráticos con escasa audiencia entre el proletariado.

La única baza que juegan los sindicatos es la de sabotear cualquier intento de reconstrucción de las formas de intervención de la autonomía de clase en las luchas. La fuerza de los sindicatos en España no estriba tanto en la capacidad de movilización de sus adherentes, como en la debilidad real de un proletariado escasamente desarrollado y, por tanto; con poca capacidad para movilizarse autónomamente. Se puede decir que el proletariado español comienza ahora a sintonizar con el proletariado europeo en lo que tendencialmente apunta a superar las formas del sindicalismo, aunque, por las vicisitudes específicas de su experiencia histórica reciente, su actitud frente al sindicalismo aparezca bajo formas difusas, fragmentarias, defensivas, como inhibición más que como contestación y rechazo explícito.

De cualquier modo, la metamorfosis del proletariado español, como del proletariado mundial, no es preludio de su extinción histórica. Más bien, al contrario, esta mutación extensiva que se está operando, y precisamente por la profundidad disgregadora respecto a la composición proletaria que cerró el ciclo de luchas democráticas, es preludio de una nueva dimensión en la oposición irreconciliable entre el Capital y el Proletariado.

Etcétera

SOBRE LA SITUACIÓN EN ESPAÑA

si coincidimos en considerar la organización social en estrecha relación con el desarrollo técnico alcanzado por la misma, coincidiremos igualmente en suponer que cualquier cambio tecnológico debe afectar en mayor o menor medida a la organización social que en ese mismo momento existe.

También debería resultar evidente que un proceso de cambio tecnológico no conduce de una forma mecánica al cambio en la organización social. Se producen resistencias e inercias al cambiar el Estado, debido sobre todo a intereses creados y al mantenimiento de privilegios adquiridos, es decir, se vive un momento de la lucha de clases.

Aunque en España el atraso tecnológico, paralelo, por supuesto, al atraso económico había sido y era proverbial, sin embargo se produce en un momento determinado una inesperada invasión de tecnología avanzada—la dependencia tecnológica de nuestro país, también proverbial, no cambia profundamente el análisis de la situación-, por otra parte perfectamente lógica debido al profundo desequilibrio de España en su desarrollo si lo comparamos con el resto de países del mundo occidental.

Las fisuras por las que estas nuevas tecnologías se introducen en nuestro país, no dejan paso sin embargo a la ideología que las envuelve y a los cambios sociales y políticos que preconizan, a pesar de los esfuerzos desesperados que por conseguirlo se llevan a cabo.

Se produce sin embargo, en los años sesenta, en nuestro país, al amparo de un auge económico que se pensó indefinido, un tímido intento de adecuación político-social y tecnológico con resultados que dan cuenta de las contradicciones que sacuden al país desde el tiempo del fascismo.

Es imposible sustraerse a los procesos de cambio tecnológico, pero sustraerse a los cambios políticosociales que esto conlleva, si no imposible sí resulta peligroso para alcanzar una cierta estabilidad y equilibrio político-social.

A la ambigüedad de las clases dirigentes en el aspecto político-social que la caracterizó en lo años sesenta se viene a sumar la ambigüedad más estructural que trágica de los proyectos de cambio que caracterizó a una amplia mayoría de la oposición política en esos mismos años.

La tecnocracia aparecida en España en los sesenta al socaire del auge económico y la introducción de nuevas técnicas era una clase en ascenso pugnando por crearse un espacio, una estructura político-social e ideológica y una base o infraestructura firme en la que apoyarse. En el marco del franquismo, apoyado principalmente por las clases históricamente más reaccionaria del país, modernizar este (lo que quiere decir, por supuesto, modernizar el Capital, o lo que es lo mismo, el sistema, como forma de explotación), era un sueño.

En este trabajo no queremos profundizar en el análisis de lo que para nosotros significa modernizar el Capital; tan solo apuntaremos que esto hace referencia a racionalizar la explotación, lo cual conlleva, según nuestra opinión, un cambio estructural en el papel del Estado. Este debe pasar de ser una máquina burocráticamente inservible, o poco menos, y apta tan solo a mantener el sistema de explotación, a convertirse en una máquina perfectamente engrasada que controle hasta la más pequeña parcela social, incluso si esta no es aparentemente rentable.

Si el marco del franquismo era inadecuado para llevar a cabo el proyecto tal como se demostró, no fue mucho más adecuado el marco del post-franquismo, ya que el cambio democrático era sólo aparente y seguían dominando las viejas estructuras.

El triunfo del Partido Socialista en las pasadas elecciones permitió un cambio de perspectiva. Por una parte ocupaba el poder una fuerza de izquierdas con un cierto crédito entre gran parte de los trabajadores y amplios sectores de la clase media y por otra esta fuerza de izquierdas no representaba un peligro directo para el sistema, lo cual da como resultado un equilibrio precario en su esencia, pero efectivo a nivel práctico.

Precario por cuanto las viejas estructuras siguen manteniéndose y la institución del Ejército enseña de cuando en cuando los dientes para demostrarlo. Efectivo ya que el apoyo sin ambages de un amplio sector de la clase media y de una parte importante de los trabajadores les proporciona una cierta libertad de acción de la que no disponía la derecha. El Partido Socialista puede incrementar las medidas antiterroristas, haciendo aún más terrorista al Estado, acometer la reconversión industrial y enviar al paro a multitud de obreros sin recibir una respuesta masiva, tan sólo tímidas voces se oponen. En contrapartida presenta golpes de efecto como el escándalo Rumasa, la nueva ley sobre el aborto que no sirve absolutamente para nada, etc.

En todo este proceso son muy graves los peligros que acechan. Por una parte el Partido Socialista ha presentado la modernización del Estado por el lado de la eficacia de cara a resolver problemas y aunque esto no se consiga, se habrá, sin embargo, conseguido lo realmente importante: aumentar el poder del Estado y su burocracia, engrasando perfectamente la máquina represiva y llevando a sus últimas consecuencias la filosofía de Hobbes, todo ello con nuestro consentimiento. La idea es que cuando la derecha retome el poder (lo cual al paso que vamos no tardará en producirse), éste sea eficaz en sus manos a todos los niveles, incluso haciéndolo bien.

Por otra parte existe otro peligro no menos grave que el anterior y es la institucionalización del proceso, o lo que es lo mismo, su repetición. Nos encontraríamos con un Estado fuertemente represivo que se repite a sí mismo independientemente de quien detente el gobierno. Es decir, un franquismo consensuado.

Las contrapartidas son mínimas y no supone un riesgo evidente para los detentadores del poder en estos momentos. Una oposición popular masiva al Partido Socialista es casi imposible; a pesar de todo todavía se le concede un cierto margen de confianza, aunque sólo sea por sujetarnos a la ley del mal menor. Es mucha la gente que piensa que si hay que luchar contra el sistema es mejor hacerlo en unas condiciones de capitalismo avanzado tipo Suecia, Alemania o Suiza,

donde es cómodo acondicionarse y se tienen al menos unas ciertas garantías socio-políticas de respeto al individuo y creen que el Partido Socialista puede llevarnos a esta situación.

El análisis de este error podría conducirnos al análisis de las causas que motivan la desorganización del movimiento obrero o su organización por las vías de integración en el proyecto de reconversión y modernización del sistema.

El único peligro que podría ser considerado desde el poder y creo que es el único que es tomado en cuenta, es la posibilidad de un divorcio demasiado profundo entre las bases y sus actuales dirigentes. Peligro tanto más real para el Partido Socialista por cuanto este se nutre, electoralmente hablando, de la confianza en su política de un amplio sector de la clase trabajadora como ya dijimos anteriormente. Porque el peligro no sería tan sólo la posibilidad de sufrir un descalabro electoral en unas futuras elecciones por la abstención generalizada provocada por el escepticismo; éste podría convertirse incluso en un factor de descomposición del Partido Socialista dado que necesita que haya fe en la democracia. A la derecha no le hace ninguna falta.

Etcétera.



ESTRATEGIAS DE LAS MULTINACIONALES PARA RECHAZAR LA SITUACIÓN DE CRISIS

Hemos recibido el texto francés del artículo *Estrategias de las multinacionales para rechazar la situación de crisis*, de W. Andreff. Nos ha parecido interesante resumirlo para los lectores de ETCÉTERA porque desmitifica la tan repetida cantinela de la «crisis mundial actual» que intenta vendernos la propaganda capitalista para justificar la robotización y el consiguiente desempleo.

Os podemos mandar el artículo original a quienes os interese leerlo. Son unas 25 hojas, en francés. Lo podéis pedir a nuestro Apartado, 1363, Barcelona. El precio de las fotocopias serían unas 3 pesetas la unidad.

as FMM (Firmas Multinacionales) pasan el actual período de crisis siendo más rentables e invirtiendo más que otras empresas, fenómeno que demuestra que constituyen una fracción del Capital con una organización más avanzada, que las

hace más adaptadas a las actuales condiciones de la economía mundial.

Este hecho significa, sin embargo, que su propio triunfo supone cargar sobre otros componentes de la economía mundial el peso de la crisis (otras fracciones del Capital, las empresas uninacionales, otras FMM peor organizadas y sin capacidad de competencia, etc).

La estrategia actual de las FMM demuestra:

- que acentúan la división económica del Tercer Mundo; crean un grupo avanzado de Nuevos Países Industriales (NPI) mientras quedan totalmente rezagados los Países Menos Desarrollados (PMD).
- que se infiltran en los países «socialistas» agravando su endeudamiento exterior.
- que endurecen las relaciones salariales en los Países Desarrollados (PD) y en los NPI.

Las Multinaciones acaparan la tecnología del futuro.

Las FMM dominan la economía actual:

- la tecnología avanzada (informática, robótica, nuevos productos...)
 - la publicidad y comercio a nivel mundial.

Esto no significa que sean los inventores de los nuevos productos (a menudo realizados por pequeñas empresas de investigación), sino que son quienes los explotan y comercializan a escala mundial, absorbiendo, integrando, o simplemente copiando, al inventor.

Sí que es verdad, de todas formas, que invierten grandes cantidades de dinero en la investigación de nuevas tecnologías, tanto en sus casas centrales como en las filiales (las cuales a menudo sólo investigan un aspecto parcial sin poder acceder a la totalidad de la información de la casa madre). También firman acuerdos de cooperación en la investigación tecnológica con los Estados y sus entes públicos.

En el campo del comercio de la tecnología, las FMM son muy importantes (80% del total de ingresos por tecnología, en USA) y este hecho queda todavía más evidenciado si se comparan los royalties que cada multinacional ingresa por tecnología vendida en relación a los que paga por tecnología comprada (en las FMM de USA, la relación es de 11/1).

Como observación complementaria, si fuera verdad la teoría de la superación de las crisis con la introducción de nuevas tecnologías (Lorenzi, etc), las FMM aceleran la superación de la actual crisis.

También es interesante ver como en una visión de Estado-nación es importante saber si las FMM que dominan el mundo son las del propio país, en cambio desde la perspectiva de empresas en crisis y obreros en paro esta consideración es secundaria, aunque la FMM sea del propio país.

2. Las multinaciones dividen el Tercer Mundo.

Los países del TM pagan elevadas sumas en tecnología que procede de las FMM. Sin embargo, en la actualidad, hay algunos puntos significativos:

- la tecnología se paga aparentemente de manera más «parcializada», ya que las FMM tienen tendencia a actuar a través de varias filiales, algunas establecidas en los propios NPI.
- la dependencia tecnológica es más amplia ya que comprende, además de la tecnología propiamente dicha, los bienes de equipo necesarios y los servicios de ingeniería.
- existen muchas «artimañas» de las FMM para aumentar sus beneficios en la venta de tecnología (cártels entre las dominadoras de cada sector industrial; falsear los precios reales mediante las facturas entre filiales (lo que se llama «comercio internacional cautivo», y que algunos autores calculan que representa el 54% del total de las importaciones de los USA...).
- también existe una estrategia mundial de la FMM que divide el TM en dos sectores: los NPI donde se implantan filiales que realizan sobre el terreno un aspecto parcial del proyecto global de las FMM (países de la OPEP, países con ventajas laborales, comerciales o fiscales, etc); los PMD, en donde la esperanza de aumentar el nivel de vida queda cada día mas comprometido (sólo reciben ayudas de organismos internacionales o estatales, cada vez más restringidas).
- en el caso de los NPI, hay que destacar que, a menudo, la concesión de créditos por parte de las FMM (los créditos se conceden mediante Bancos Multinacionales, con avales estatales en la mayoría de los casos) es un aspecto muy significativo de su actual endeudamiento exterior (p.ej. Méjico).

2.1. Algunas consideraciones sobre los Nuevos Países Industriales (NPI)

Actualmente existe una abundante literatura sobre los NPI y parece oportuno hacer algunas observaciones sobre su realidad, desde el punto de vista de las Multinacionales.

1ª aproximación: aunque se ha insistido mucho sobre el hecho de que las exportaciones de los NPI pueden interpretarse como exportaciones de las filiales de una multinacional (situada en el NPI) hacia la casa-madre (situada en el país desarrollado), e incluso se ha interpretado este fenómeno como una visión moderna de la Distribución Internacional del Trabajo (como lo fue la que había entre colonias y metrópolis, durante el siglo XIX), parece que, cada vez menos, esta interpretación sea la válida. Muchos países NPI son cada día más independientes de esta simple relación interna de las multinaciones y sus exportaciones a los países desarrollados son fruto de una progresiva industrialización que sobrepasa el ámbito de las simples filiales de las multinacionales.

2ª aproximación: también se ha insistido en la importancia de las zonas francas industriales existentes en los NPI, lugares privilegiados de inversión de las

multinacionales debido a los bajos costes salariales. Esto es verdad (con una expansión considerable durante los años 70), pero el valor bruto de las exportaciones procedentes de las zonas francas sólo re presentan valores cercanos al 10% del total de las exportaciones de los NPI.

3ª aproximación: para explicar la implantación de las multinaciones en los NPI se han invocado dos razones, la demanda de productos producidos por las filiales y los bajos costes salariales. Cada motivo justificaba la implantación de un tipo u otro de multinacional (las primeras sustituyendo por inversiones en los NPI, las exportaciones de las sedes centrales y las segundas, prefiriendo producir en las filiales de los NPI los componentes baratos que se reexportan a las casas centrales para producir los productos acabados). Sin embargo, no existen casos «puros» de esta explicación, como lo demuestra el hecho de que ninguna multinacional escoge el país subdesarrollado donde teóricamente existiría mejor mano de obra, sin tener en cuenta otras razones de productividad, incorporación del país a los esquemas capitalistas, etc.

Las relaciones entre las Multinacionales y los NPI son más complejas y se pueden resumir del modo siguiente:

- durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, las Multinacionales han intentado crear, alrededor de sus filiales, un medio capitalista constituido por subtratantes, proveedores, empresas conexas, etc, que han segregado, poco a poco, un medio social capitalista (élites financieras e industriales, clase obrera «privilegiada» en relación a la masa rural subdesarrollada local) potenciado por los propios Estados, auténticas oligarquías industriales y financieras.
- con el tiempo, los NPI han logrado un acelerado proceso de industrialización, causa de una deuda internacional muy grave, que también ha provocado una nueva etapa de absorción de empresas «contrincantes» de reciente creación pero con graves problemas de competitividad por parte de las propias Multinacionales en contínua transformación. Actualmente, los NPI no sólo son lugar de expansión de las Multinacionales sino también de los Bancos multinacionales, responsables de la concesión de los créditos que provocan la deuda exterior de estos países.

Hay que ver cómo esta contribución parcial, incluso involuntaria, de las Multinaciones cara al desarrollo de los NPI constituye una estrategia de rechazo de la crisis:

- a) integrando parcialmente los NPI dentro de la economía mundial. Los NPI son campos de negocios de las multinacionales.
- b) constituyendo los NPI auténticas cadenas de transmisión del Capital transnacional hacia los otros países subdesarrollados (como detalle debemos señalar la creciente importancia del comercio Sur-Sur).

c) utilizando, principalmente en las zonas francas, un auténtico lumpen-proletariado procedente de los países más subdesarrollados, que trabajan en cadenas simples de fabricación de bienes de gran consumo, y que pueden ser «la cantera» para la futura integración a la clase obrera de las otras industrias de los NPI, rebajando hasta extremos insospechados el coste salarial.

En resumen, los NPI presentan una doble imagen: por un lado tienen una manufacturados con los países desarrollados (con una serie de ventajas de competividad) y, por otro, exportan bienes industriales a los otros países subdesarrollados a cambio de productos brutos y con excedentes comerciales a su favor

Las Multinaciones se insinúan en los países socialistas.

Las multinacionales invierten poco en los Estados de Planificación Central (EPC), de manera directa. Prefieren introducirse en ellos a partir de fórmulas de internacionalización sin capital, como pueden ser los acuerdos de cooperación industrial, con transferencia de tecnología. La fórmula privilegiada es la de autorizar las licencias industriales (tanto a nivel de industria pesada como en la de bienes de consumo).

Para sacar beneficios de esta colaboración se acostumbra a reexportar parte de los productos fabricados en los países socialistas, con lo que se logran productos de bajo coste, debido principalmente a los bajos sueldos vigentes en los países de planificación central.

Los países socialistas se han ido endeudando progresivamente (p. ej. Polonia) debido en gran parte a los déficits de las balanzas comerciales con los países industrializados, así como por su progresiva inserción en la economía del crédito internacional, utilizando las Bancas multinacionales.

Sólo existen zonas francas en la frontera italoyugoslava (Trieste-Ljubljana) y, desde 1979, en China (Shenzhen), cerca de Hong Kong, en donde se producen bienes de gran consumo (Coca-Cola, tejanos, transistores...), más baratos que en la colonia británica.

4. Las Multinacionales endurecen las relaciones.

Es interesante reconocer, para empezar, que las Multinacionales han aumentado el número de sus miembros durante el período de crisis, tanto a nivel global, como en sus sedes centrales de los países desarrollados y en sus filiales de los NPI. Así, en conjunto, las primeras 50 multinacionales del mundo han pasado de 7,9 millones de empleados (1975) a 8,3 millones (1978).

Sin embargo, este aumento no compensa, en modo alguno, el número de empleos que han suprimido debido a la crisis que han provocado en las empresas del mundo con las que compiten, absorbiendo parcialmente algunas de ellas o provocando su quiebra.

Aprovechando el hecho actual de la crisis, las Multinacionales «juegan fuerte» en las relaciones laborales con sus asalariados. Un primer factor consiste en aprovechar al máximo las facilidades que suponen las zonas francas donde a menudo rigen condiciones de contratación que recuerdan el inicio de la era capitalista (Hong Kong, etc). Esta tendencia se insinúa también en USA y Gran Bretaña, a pesar de la existencia de un movimiento sindical de gran potencia.

También se intenta «sacar el máximo de jugo» de los obreros de los NPI mediante el máximo empleo (50-60 horas semanales) de los obreros, mediante la presión que supone el gran número de parados que existen y que están dispuestos a trabajar. Este fenómeno se da simultáneamente con la reducción de horarios en las mismas multinacionales de los países desarrollados (Fiat-Turín, 1.840 horas/año; Fiat-

Argentina, 2.151). Siempre utilizando el fantasma de la crisis/paro, se obtienen nuevos pactos sociales desfavorables a los obreros (trabajos temporales, subcontratas a equipos externos de la empresa, trabajo a domicilio no asegurado, etc.), favorecidos incluso con aportaciones de capital por parte de las multinacionales.

Como consecuencia de todo ello, actualmente la «lucha de clases» lo es sobre todo del Capital contra los asalariados. Muchas victorias obreras son tan mediocres como obtener el seguro de desempleo algo más largo, que la fábrica no cierre aunque no se aumente el salario, que las empresas quiebren pagando indemnización, etc, etc.

Finalmente, hay que recordar que la «psicosis» de paro, con la consiguiente pérdida de combatividad obrera, facilita enormemente a las Multinacionales para que introduzcan las nuevas tecnologías y racionalización de gestión que supone aumento de productividad y reducción de plantillas, presentadas como condiciones necesarias para evitar la quiebra de las empresas. •



ESTADO ACTUAL DE LA TECNOLOGÍA y ORGANIZACIÓN SOCIAL

A continuación publicamos el texto que sirve de convocatoria para el debate a celebrar el mes de enero próximo, sobre el estado actual de la tecnología y organización social.

Nueva tecnología y comunidad humana mundial

Tecnología y ciencia

A partir de los estudiosos del tema (por ejemplo, Harry Braverman) queda claro que la tecnología está al servicio de la ciencia y que ésta, así mismo, está en función de un modelo de sociedad pensado en beneficio de quienes tienen el poder. No creemos en la «apoliticidad» (o si se prefiere «neutralidad») de la tecnología.

A pesar de ello, hay un mejor (a veces, peor) conocimiento de la realidad circundante a partir de ciertas innovaciones tecnológicas. En el sentido de mejor conocimiento de una realidad puede hablarse de la TV como transmisión de imagen. En cuanto a peor

conocimiento, la misma TV como medio de comunicación social.

Pensamos que, según el modelo de sociedad que pretendemos, la ciencia es distinta y potencia diferentes tecnologías. Pero también vemos que, incluso en modelos sociales que no nos interesan, hay innovaciones tecnológicas aprovechables.

Nueva tecnología

Es evidente que la actual tecnología está al servicio de un modelo capitalista de sociedad (con predominio de las multinacionales en el mundo occidental y del Estado capitalista en el mundo supuestamente socialista). En ambos casos, hay una aplicación del «taylorismo», con la prioridad a la «organización científica del trabajo» cara a obtener un máximo de productividad.

La faceta más nueva de la actual tecnología es la incorporación masiva de la cibernética (aplicación espectacular de la informática y de la robotización) con lo que se logra un control social cada día más perfecto.

Una de las mayores contradicciones de la nueva era tecnológica es la exigencia de mayor cualificación profesional (curriculum vitae, títulos, experiencias de trabajo, etc.) en el mercado del empleo, para que estos obreros cualificados y concientizados de la importancia de su trabajo realicen funciones cada día más monótonas y banales, al servicio de máquinas programadas desde la dirección central de la empresa. Se logran auténticos «especialistas frustrados» debido al nulo interés del trabajo supuestamente creador.

Las actuales luchas sociales se explican dentro de este contexto:

- progresiva proletarización de la antigua aristocracia obrera.
- fenómenos luditas de destrucción del ordenador como nuevo opresor social.
- perfeccionamiento del sabotaje en los puntos clave de las cadenas de producción robotizada, de incalcula- bles consecuencias.
- aumento del absentismo por simple aburrimiento, incluso a niveles de cierta responsabilidad empresarial.
- progresiva desvalorización del trabajo por parte de la clase obrera, al constatar el callejón sin salida a que conducen las teorías de autogestión del trabajo.

La robotización es la estrategia actual del capitalismo para superar la crisis. Queda por demostrar como se las arreglara el capitalismo para superar la futura crisis cuando se haya acabado el actual período de mejora de producción gracias a la robotización de las empresas.

También es interesante analizar el hecho de la nueva organización del trabajo como fruto de la nueva tecnología. Vamos hacia una tecnoburocracia que sustituye al tradicional antagonismo patrón-obrero.

Tecnología alternativa

Cada día se habla más de «tecnología alternativa» (cfr. David Dickson y un largo etcétera). Viene a ser una nueva filosofía de armonía con la naturaleza mediante la incorporación de tecnología avanzada y «dulce». Para muchas corrientes ecologistas, no se trata de volver a la prehistoria sino de vivir en profundidad y placer, con la aplicación de técnicas que saquen el mayor provecho de la energía y la materia disponible y reciclable.

Estas «tecnologías alternativas» salen de intentos de «sociedades alternativas». Es interesante un debate a fondo para saber como se integran en un concepto revolucionario de guerra social, o son un simple escapismo para grupos automarginados y privilegiados.

Tecnología y comunidad humana mundial.

Quizás sería mejor invertir los términos. Lo prioritario es entender qué es y qué pretende el comunismo. Pensamos que sus ideas-clave son absolutamente válidas en su formulación más elemental: sociedad igualitaria, sin clases, que sustituye el «trabajo» por la actividad humana solidaria.

El comunismo de sociedad engendra una nueva cultura y se traduce en una nueva tecnología. Pero su significado y la organización social que las hace posibles serán totalmente distintas. La electrónica «comunista» tendrá sistemas integrados como la «capitalista». Pero funcionará esencialmente diferente No sólo por la organización humana de su producción, sino mucho más por el diseño global de sociedad al servicio del cual se irá avanzando en la nueva tecnología, para que sus necesidades reales sean cubiertas. Lo que decíamos antes: no será una electrónica de control cibernético hacia el poder absoluto de una fracción de la sociedad, sino la electrónica del gozo colectivo para disfrutar al máximo todos los hombres de nuestra armoniosa integración con la naturaleza.

Si podemos discutir la falta de perspectiva de algunos ecologismos actuales, sí que podemos aceptar que la comunidad humana total, el comunismo, es una comunidad ecológica a nivel planetario.

Determinismo histórico.

Queda pendiente, evidentemente, el rol de las personas concretas en el cambio social a largo plazo. Con su eterno debate sobre nuestra capacidad de cambiar la historia y el sentido «reformista» o «contrarevolucionario» de cualquier intento de grupo.

También queda pendiente el valor del «azar» en el cambio histórico. Al igual que nuestra capacidad de prever lo que será la sociedad comunista antes de vivirla. E incluso toda la perspectiva antropológica del conocimiento de la agresividad humana como fundamento de la división en clases sociales. Todas estas preguntas fundamentales están en la base de cualquier debate sobre la evolución histórica. Pero quizás sería estéril encerrarnos en su sola discusión. Creo que debemos, de modo simultáneo, tratar sobre temas concretos como por ejemplo, el de la tecnología y comunismo, al mismo tiempo que proseguimos nuestro análisis sobre los fundamentos de la historia y del comportamiento humano.

La nueva tecnología, ¿hacia dónde nos lleva?

Las ideas apuntadas en los apartados anteriores demuestran que estamos en el inicio de una nueva era social. Sin embargo, se hace difícil discernir hacia donde nos conducirá. A pesar de ello, podemos apuntar cuatro posibles escenarios, a partir de los cuales podemos centrar nuestro debate:

- una era postcapitalista porque se llega al monopolio mundial.
- una modernización del capitalismo; la posibilidad del logro del salario social.
- el estallido de la tercera guerra mundial para iniciar un nuevo proceso capitalista.
 - la implantación del comunismo. •

Debate:

Fecha: 21 enero 1984

Hora: de 10 a 14 (mañana) y

de 17 a 20 (tarde)

Local: «Portuarios» c/ Mar, 97. (Barceloneta) BARCELONA

DEBATE

El monopolio mundial postcapitalista

La hipótesis es que el capitalismo se va concentrando cada vez en menos manos, hasta el punto de crear una situación de monopolio mundial que supone su desaparición como capitalismo competitivo para transformarse en un Estado totalitario sobre todos los aspectos de la vida humana.

Este escenario es posible gracias a la sociedad cibernética en manos de una tecnoburocracia que constituye el nuevo «patrón» que controla al conjunto de la Humanidad.

Por otro lado, la robotización de la nueva «economía» en un sentido totalitario, excluye los problemas de baja productividad propios de los estadios anteriores. Sin embargo, las nociones clásicas, de «productividad», «plusvalía», «valor de cambio» etc., pierden sentido porque el nuevo orden económico y social instaurado se fundamenta en una nueva versión feudalizante, donde todo el mundo vive según lo que estipula el Aparato centralizador.

(Aportación al debate sobre *ESTADO ACTUAL DE LA TECNOLOGIA y ORGANIZACION SOCIAL*).

Algunas consideraciones sobre el estadio actual del desarrollo capitalista y las nuevas tecnologías, a propósito del debate sobre *ESTADO ACTUAL DE LA TECNOLOGIA Y ORGANIZACION SOCIAL*.

El capitalismo, el actual sistema de producción y de vida hegemónico a nivel mundial, está basado en la producción de valor. Su historia coincide con las vicisitudes de esta valorización. Es pues desde esta óptica que debemos intentar comprender la actual tecnología, como también todo el desarrollo tecnológico desde la primera revolución industrial hasta hoy. ¿Cómo aumentar la productividad del trabajo? será el norte de todo el desarrollo científicotécnico en la sociedad capitalista.

Nos interesa ver ahora la correspondencia entre cada fase del capitalismo y su estadio tecnológico, para entender tanto las posibles salidas capitalistas a su actual crisis, como los elementos de una posible superación histórica de este: el comunismo. No se trata de un determinismo tecnológico como si pudiéramos determinar un tipo de organización social a partir del desarrollo tecnológico, sino de comprender la mutua relación entre ambos, es decir, ver la tecnología como producto y como productora de las relaciones sociales.

Durante un largo proceso de centenares de años, un nuevo modo de producción se impone arrinconando al antiguo sistema feudal. La novedad de tal modo de producción basado en la valorización de capital, consiste en la compra-venta de la fuerza de trabajo y la separación del obrero de los medios de producción. Aparece así, en la segunda mitad del siglo XVIII la manufactura y el obrero fabril. La técnica, la invención tecnológica, reducida a unos

cuantos inventos (Watt) es aplicada a la producción. Es importante anotar que en este estadio de desarrollo, la téccnica se desarrolla antes que la ciencia, según Braverman. El obrero es desposeído de los instrumentos del trabajo, pero conserva aún el conocimiento de la técnica con la que trabaja y controla por tanto el proceso de transformación. Todo esto configura un tipo determinado de movimiento obrero en contra de tal desposesión y a favor de una comunidad de trabajadores (luchas en contra del maquinismo, revoluciones democráticas y socialistas). La valorización del capital se logra gracias a la extensión de la jornada de trabajo, gracias al trabajo de los niños..., es decir, gracias a la extracción de plusvalía en su forma absoluta. Con todo esto, la sociedad es ya capitalista, pero el capital domina aún sólo de una manera formal. El siguiente paso hacia una dominación real lo dará el capital rompiendo los límites técnico-económicos de esta primera revolución industrial y liquidando los restos de autonomía obrera fruto del lugar que el conocimiento técnico del obrero jugaba en el proceso de producción, mediante una segunda revolución industrial.

Hacia finales del siglo XIX la gran industria mecanizada, combinando una nueva tecnología con una nueva organización del trabajo, suplanta a la manufactura.

Como hemos visto, el obrero manufacturero representa un obstáculo para el capital que depende todavía de su saber a la hora de la ejecución del trabajo. Esto es lo que la

Organización Científica del Trabajo (O.C.T.) iniciada por Taylor a finales del siglo XIX, romperá. La O.C.T. consiste precisamente en adaptar el trabajo a las necesidades del capital, imponiendo a los obreros la manera precisa de hacer el trabajo, mediante la descomposición minuciosa de los movimientos requeridos a su ejecución. Se trata pues de un cambio en la organización del trabajo, con lo cual se liquida el antiguo oficio, y el saber del obrero pasa todo a la dirección de la empresa que a partir de ahora tendrá el control absoluto de todo el proceso de trabajo. Se ha separado, de esta manera, la concepción de la ejecución. La cadena de montaje será la expresión más clara de todo este proceso. Aparece así el obrero especialista, sin oficio, puro ejecutor de un trabajo parcelado y repetitivo. El movimiento obrero se organiza a partir de los sindicatos de industria para vender a mejor precio la fuerza de trabajo. La implantación de esta nueva organización del trabajo no se da sin resistencias por parte de los obreros que sólo se someterán a él en la medida que el modo de producción capitalista destruye todas las otras formas de organización del trabajo.

Por otra parte se da también un cambio a nivel tecnológico: nuevas fuentes de energía, electricidad, petróleo; motor de explosión interna; el acero como nuevo material; pero el cambio más importante es el paso de la ciencia, ahora propiedad del capitalista, al centro mismo de la producción. Ya no son los cuatro inventos técnicos aplicados a la producción como era el caso en la primera revolución industrial, sino que ahora en esta segunda revolución industrial la ciencia como tal se convierte en fuerza productiva del Capital.

Con todo ello, combinando nueva tecnología con nueva organización del trabajo, se destruye el antiguo proceso de producción asumido por el trabajador y se constituye un nuevo proceso controlado por la dirección. Con esta segunda revolución industrial iniciada a finales del siglo XIX, el capital resuelve momentáneamente su crisis de valorización en la que había entrado en la segunda mitad del siglo XIX. Mediante la mecanización y la intensificación del trabajo, el capital logra valorizarse (plusvalía relativa) e invade todo el campo social (conversión de todo objeto en mercancía y de todo trabajo en trabajo asalariado: destrucción del trabajo doméstico, destrucción de la familia, incorporación de la mujer al trabajo asalariado...).

Evidentemente todo este proceso no se da en forma rectilínea y acumulativa (una guerra interimperialista 1914-18, con irrupción de un proceso revolucionario en Europa hasta los años 20, la crisis del 30, una segunda guerra interimperialista 1940-45), ni de la misma forma (la revolución de Octubre da paso a otra forma de acumulación de valor que simplificando podemos llamar capitalista de Estado).

Las dos guerras mencionadas representaron una salida a la crisis de valorización, pero acabado el ciclo de reconstrucción iniciado a partir de la II^a Guerra Mundial, asoman nuevamente las dificultades de valorización (baja de la rentabilidad y de la demanda) que, por el momento, el capital, tanto en su forma estatal como mixta (y dentro de esta tanto con políticas económicas neokeynesianas como monetaristas) no logra soslayar, en busca de una nueva revolución que le permitiera dar el salto que la segunda revolución industrial le permitió.

Hacia la segunda mitad del siglo XX se generaliza una fuerte oposición a la O.C.T.: resistencia del obrero masa al trabajo parcelado y repetitivo (contra la cadena de montaje, sabotaje, absentismo, tur over, desinterés. por el trabajo...), a la vez que la O.C.T. experimenta sus propios límites técnico-económico (los tiempos muertos derivados de la excesiva parcelación del trabajo, según Coriat).

Respondiendo a esto aparece, aún incipientemente, una nueva organización del trabajo: la linea de montaje en grupo, que controla todo el proceso de ejecución, no tiene tiempos muertos, combina un menor desinterés por el trabajo con una mayor flexibilidad y adaptabilidad.

Por otra parte, también a partir de esta segunda mitad del siglo XX, aparecen la electrónica y su derivación en máquinas automáticas programadas desde fuera. Estas representan un nuevo paso en la línea de la O.C.T. La máquina con control numérico logra por medios técnicos lo que Taylor lograba por medios organizativos: la separación entre la concepción y la ejecución (la concepción, es decir el conocimiento requerido ya está en la banda de control numérico). Así se consigue el objetivo buscado: eliminación de las funciones de control por parte del obrero que pasan a un dispositivo controlado por la dirección, según Braverman.

Este proceso comportará por tanto una creciente descualificación del trabajador (si para cualificar a un tornero se requerían cuatro años, para cualificar a un programador bastan cuatro meses). De igual modo la implantación de la informática en el sector terciario (oficinas, servicios...) conllevará una proletarización de los trabajadores sin mono azul, que antes habían sido considerados, erróneamente, como nuevas clases medias. Otro importante elemento a destacar será la feminización de la mano de obra en este sector: el aumento del número de mujeres trabajando en este creciente sector, añadirá esta nueva característica a la descualificación y terciarización antes mencionadas.

Todas estas características con lo antes apuntado de la desafección del trabajo, modelan un nuevo comportamiento obrero, al cual ya no puede interesarle la socialización de la fábrica sino el fin del trabajo lisa y llanamente.

Con la implantación de la automación y de la robótica en el taller y de la informática en el terciario, el capital persigue su objetivo de siempre: aumentar la productividad sin aumentar la composición orgánica del capital. Con esta nueva tecnología logra por un lado acelerar la circulación y aumentar la masa de beneficio aumentando la producción; pero aumenta a la vez el trabajo improductivo y solamente puede hacer frente a sus dificultades de valorización aumentando la tasa de explotación, combinando la extracción de plusvalía relativa (que quiere decir aumento del paro) con la extracción de plusvalía en su forma absoluta (más horas de trabajo, empobrecimiento real de la población trabajadora, etc).

Hoy por hoy el capital no encuentra salida a su crisis de valorización. Después del salto que representó la segunda revolución industrial, no encuentra, como sí encontró entonces, ni la nueva tecnología ni la nueva organización del trabajo, es decir, una tercera revolución industrial que le permita salir de su estancamiento actual. Ni encuentra salida ni por el momento cree poder encontrarla: de aquí que ya no hace suya la ideología del progreso sino la del holocausto y la del mal menor. En este sentido cabe entender la actual amenaza de guerra total. Ciertamente que una tercera guerra mundial (que creemos perfectamente controlable, es decir, sin que tenga que ser necesariamente el holocausto final como nos quieren hacer entender) podría representar, en principio, una salida a la actual crisis de valorización (destruyendo capitales de insuficiente tasa de rentabilidad y dando salida a la lógica de la producción armamentista). De todas formas, la situación actual no es la de 1914 ni la de 1940, y el centro de la producción mundial -todavía U.S.A.- no tiene aún necesidad de ella, o mejor dicho, usándola como ideología le saca ya el provecho necesario. Si la crisis se mantiene y se profundiza, incluyendo guerras locales, quizás el comunismo, como fin de este modo de producción y de vida, sea la respuesta que el conjunto de los obreros dé a la actual crisis.

Si la actual tecnología en función de la valorización reproduce los límites de ésta (tiende a disminuir el trabajo necesario para aumentar el plus-trabajo, siendo el trabajo la fuente de la riqueza), y no cabe por tanto pensar que ella resuelva los problemas del capital, tampoco cabe pensar que resuelva ella los problemas del comunismo. La comunidad humana posible, liquidado el modo de producción y de vida capitalista, no consistirá en más robots y más tiempo libre, sino en la desaparición de lo que hoy llamamos trabajo, suplantado por una actividad humana. El nivel técnico alcanzado, ciertamente condicionará esta actividad. Considerar este condicionamiento nos parece interesante pues para entender el comunismo, sin que esto quiera decir que podamos ya configurarlo hoy, ya que tratándose del fin del capitalismo necesita del movimiento consciente de los obreros, y es sólo en este movimiento que puede configurarse.

Etcétera, diciembre 1983



Anotamos a continuación algunos trabajos que creemos pueden contribuir al debate y que os podemos pasar si nos los pedís:

- Braverman: Labor and Monopoly Capital, Monthly Review, I974. (hay traducción francesa -Masperó- y castellana - «Nuestro Tiempo», Méjico-).
- Coriat: El taller y el cronómetro. Siglo XXI 1.982 Ciencia, técnica y capital. Blume I.976
- Naville: Temps et Technique. Geneve 1.972
- G.L.A.T.: Taylor aux abois. «Lutte de classes» Nov. 1.973
- Mattick: The Economics of cybernation. New Politics I,4 1.962
- Sahlins: La economía de la Edad de Piedra. Prolo-Robot. 1.982
- La Guerre Sociale, n° 1. París, 1.977
- Etcétera: El comunismo, un mundo sin dinero.
- «Reflexiones sobre/contra el poder y la mercancía». C.G.V. 1.980
- Science Technology and the labour process. London 1.981
- Radical Science Journal, n° 6/7 y 13 London 1.983
- Algunos artículos de las revistas Processed Worlds y The Fifthe Estate.

UN MARXISMO MALDITO

Enzo del Bufalo / Marc Geoffroy

Unos compañeros de Venezuela nos han enviado un trabajo suyo que creemos de notable interés. Mientras buscamos alguna editorial para publicarlo, intentaremos darlo a conocer como podamos. Anotamos a continuación de qué se trata y a los que os interese os podemos mandar una fotocopia que podéis pedir escribiéndonos al Apartado de Correos. El trabajo está compuesto de tres volúmenes con un total de 450 hojas aproximadamente. El precio de las fotocopias sería unas 3 pesetas unidad.

La preocupación central del trabajo es comprender el actual emerger de la subjetividad proletaria que rechazando el trabajo asalariado puede construir el comunismo. En una primera parte intentan una desmitificación del pasado a partir de textos del marxismo perdedor o maldito: Marx, Osinsky, Pannekoek, Ruhle, Korsch, Mattick, Canne Meyer.., hacia una crítica del socialismo real como resultado sí de la emergencia de la subjetividad proletaria, pero no de su victoria sino de su derrota por el capital en proceso. En una segunda parte, con un largo texto elaborado por ellos: «El socialismo como discurso y como práctica histórica», se adentran, conjugando el método materialista con el método genealógico, hacia una interpretación del proceso de acumulación capitalista en sus tres fases de Estado liberal, fascismo y socialismo real, hasta la interpretación de la crisis actual, para acabar con una reflexión sobre la experiencia proletaria desde su dominación por el capital hasta el emerger hoy de la subjetividad obrera autónoma liberada de la lógica del capital, que determina una realidad que no se rige ni por el valor, ni por el poder, ni por la razón, sino que se produce como praxis comunista.

Trabajo riguroso y partidista, por la comunidad humana universal: «Con este texto no pretendemos buscar adeptos ni convencer a nadie; nos dirigimos a aquellos que se sienten partícipes de esta intencionalidad de ruptura total y que se encuentran, como nosotros, en la búsqueda práctico-teórica hacia la comunidad humana universal. Sabemos que la «respuesta» a este texto no consiste en la multiplicación de textos similares sino en la profundización de las luchas en todos los ámbitos y niveles del planeta. ¡Lector, amigo inquieto: «nuestro» proceso de diálogo-lucha apenas se está iniciando!».

Reproducimos a continuación el índice general y unas páginas de su aproximación metodológica:

INTRODUCCION

- I. REVOLUCION SOCIAL E INSTITUCIONALIDAD POLITICA
 - Karl Marx: Glosas críticas.- N. Osinsky: Sobre la construcción del socialismo.
- II. EL MOVIMIENTO OBRERO ADMINISTRADO: SINDICATOS, PARTIDOS, PARLAMENTARISMO y CIENCIA PROLETARIA.
 - A. Pannekoek: El sindicalismo.- Crítica del partido revolucionario.- O.Ruhle: Parlamento y partidos.- K. Korsch: Hegel y la revolución.
- III. REFORMISMO Y REVOLUCIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA.
 - K. Korsch: A propósito del 80 aniversario de E. Berstein.- P. Mattick: Divergencias entre R. Luxemburgo y Lenin.-Verdad Obrera: Llamada del grupo Verdad Obrera al proletariado revolucionario».- O. Rhule: Fascismo pardo y fascismo rojo.
- IV. EL COMUNISMO DE LOS CONSEJOS: «LA BÚSQUEDA DE UNA ALTERNATIVA».
 - Canne Meijer: El nacimiento de un nuevo movimiento obrero.- O. Rhule: El Soviet o el sistema de los Consejos.
- V. LA RELATIVIDAD HISTÓRICA DEL MARXISMO.
 - K. Korsch: Crisis del marxismo.
- VI. EL SOCIALISMO COMO DISCURSO Y PRÁCTICA HISTÓRICA.
- · En el camino de la razón capitalista.
- · Modificaciones en el proceso de acumulación.
- · La transformación social.

*** * ***

...El análisis de la tendencia no persigue fundamentar un proyecto ético dirigido por los militares o por los técnicos de la revolución -éstas son figuras del poder del capital-. Intenta más bien precisar la naturaleza e intensidad de la subjetividad revolucionaria en una determinada fase, tal como se ha constituido a partir del antagonismo al proceso de valorización del capital. Rastrea su composición interna, tal como la determinan las formas de organización de la producción inmediata y de la reproducción social. Establece el nexo entre la estrategia de dominación del capital, materializada en la tecnología y en la organización social, y los cambios cualitativos que esta estrategia y la reacción antagónica a ella determinan en el proletariado. Tampoco se basa en un determinismo tecnologicista, puesto que el desarrollo de las formas materiales de la estrategia del capital tan sólo crean esas nuevas necesidades, pero la emergencia de la subjetividad es realización consciente de ellas. El desarrollo de las condiciones materiales plantea las posibilidades, que sólo son tales cuando toman la forma de necesidades de un sujeto social. La realización de tales posibilidades es el resultado de una estrategia de uno de los sujetos que se enfrentan a través de relaciones de poder. Incluso para el capital no existe camino preestablecido. A cada paso debe reformular su estrategia para superar los obstáculos que el antagonismo proletario le opone. En ningún momento el éxito está garantizado, de hacer intervenir la fuerza de su subjetividad para inventar su solución, para innovar su estrategia a partir de exigencias objetivas.

La subjetividad social no debe confundirse con la conciencia omnisciente que lo prevé todo. Esto es un absurdo que nace de la hipostasiación del sujeto individual en el plano social. La subjetividad social es intencionalidad, impulso a partir de ciertas necesidades. No debe confundirse con ese ente abstracto que reflexiona sobre un estadio terminal y a partir de esa construcción ideal propone metas e instrumentos para alcanzarlo. Este tipo de subjetividad es tan sólo una forma histórica de la subjetividad del capital, cuando logra la síntesis dialéctica en el Estado planificador, cuando a través de su socialización reúne en una sola forma: el Estado que organiza la sociedad y la ley del valor que organiza la producción y la reproducción social. Frente a ésta, la subjetividad obrera emerge como creatividad multidireccional, como conducta aberrante y separada de esa racionalidad del capital. Es una intencionalidad dispersa que produce un futuro sólo porque se realiza en el presente.

Pero el análisis de la tendencia que mira al futuro como presente e identifica la subjetividad revolucionaria en una praxis de realización actual de sus necesidades, es tan sólo un aspecto del análisis materialista que quiere zafarse de la lógica de recomposición dialéctica del capital. La emergencia de la subjetividad obrera significa romper el cascarón de las relaciones reíficadas también a nivel del discurso lógico-categorial que explica la realidad, la historia desde el punto de vista solidificado del poder, que impone ideas, conductas y valores en la forma de creencias, de sustancias como mistificación estratégica que controla y somete al proletariado. La subjetividad proletaria debe romper la red de relaciones de poder que la aprisionan reduciéndola a simple momento cosificado del proceso de acumulación del capital. El proceso de desmitificación que es parte de la emergencia de la subjetividad proletaria, debe disolver las esencias, las sustancias y las categorías solidificadas en el reino del espíritu -en la otra subjetividad- y reconducirlas a la materialidad de su génesis en el proceso social cohesionado por relaciones de poder. Es necesario mostrar la formación de ese mundo etéreo de las ideas que en apariencia es irreductible, a partir de los procesos materiales que le dieron origen; sin caer en una idealización de la realidad material. El materialismo del siglo XVIII y en parte el materialismo dialéctico –por lo menos en lo que tiene de dialécticoa menudo, en su esfuerzo por refundar en los procesos materiales el mundo del espíritu, del intelecto, cae en una idealización de la materia, sin percatarse de que en los procesos materiales no hay esencias, ni sustancias; estas son siempre elementos del mundo de las ideas. Por estas razones, el análisis genealógico debe ser parte integrante del método materialista, puesto que es el único que puede disolver a las creencias y a las sustancias, en aquellos elementos heterogéneos y disparatados que históricamente, hicieron posible su constitución. Sin el análisis genealógico sería imposible reducir la subjetividad, la conciencia, las ideas y las formas de organización del pensamiento, a la realidad de los procesos materiales que le dieron origen. Sin este análisis quedaríamos por siempre atrapados en el mundo de la separación irreconciliable entre trabajo manual y trabajo intelectual. El mundo sería eternamente dual a imagen y semejanza de las relaciones de poder capitalistas. Toda unificación no podría ser más que dialéctica; esto es mediante la subsunción de una parte en la otra tal como ha sido el desarrollo real del capital. Sería imposible mostrar el surgimiento de la subjetividad proletaria a partir del trabajo como cosa perteneciente al capital, como mera actividad organizada y subsumida por el proceso de acumulación. Y mucho menos podría mostrarse la lógica de la separación que tiende hacia lo totalmente diverso de lo actual. Sin el método genealógico, el análisis de la tendencia sería achatado en la proyección determinista o reducido a utopía voluntarista. La lógica dialéctica como

permanente recomposición del presente a un nivel superior, quedaría como única opción y la realidad del capital como única realidad posible. El método genealógico mostrando la heterogeneidad de los elementos que constituyeron en el proceso histórico la realidad actual, abre la posibilidad para que el futuro se construya no como proyección del presente, sino como el otro presente. Esto puede parecer absurdo y en cierto sentido lo es. Se trata precisamente de rescatar, todo aquello que desde la perspectiva del capital constituye lo verdaderamente irrecuperable, lo otro, lo sin sentido, lo aberrante, lo inconcebible.

Dicho sea de paso el problema de lo absurdo es más una limitación de la «inteligentzia» que moviéndose desde una perspectiva racional, desde la lógica del capital, no puede asimilar fenómenos que expresan una conducta autónoma frente al capital y que por tal razón son relegados al ámbito de la locura o de la inmoralidad. No obstante, los obreros que exigen condiciones de bienestar sin tomar en cuenta el problema de la productividad o la situación financiera de la empresa o de la economía nacional; las mujeres que buscan rescatar su propio cuerpo para su uso independiente de las necesidades de procreación y de educación de las nuevas generaciones según las normas burguesas; los grupos que exigen el respeto del comportamiento sexual alterno aún que sean incompatibles con la organización familiar; todos aquellos que insisten en una distribución de los bienes y servicios al margen o en contra de las reglas mercantiles y los que desarrollan comportamientos y lenguajes contrarios a las reglas de la razón y de la comunicación, caen siempre en el ámbito de los comportamientos aberrantes, hostiles e irreconciliables con la racionalidad vigente. Pero considerar que todos estos comportamientos no tienen sentido, excluirlos de lo verdadero, recluirlos en el encierro de la maldad, de la sinrazón, es sin lugar a dudas un prejuicio de la razón y un interés legítimo del capital. Naturalmente no se trata de hacer aquí una exaltación alucinada de las conductas aberrantes, ni realizar una apología de lo perverso. Tan sólo nos interesa ilustrar como la conducta autónoma que aflora cuando por breves lapsos de tiempo se res quebrajan las relaciones de poder, cuando la dominación queda momentáneamente suspendida, toma siempre la forma de lo radicalmente diverso, de lo irrecuperable. A decir verdad, los fenómenos señalados representan una autonomía aún muy signada por la dominación del capital y señalan más el fin de un sistema que la constitución de una nueva positividad social; apenas señalan una subjetividad proletaria incipiente y fácilmente recuperable para el dominio del capital. Los administradores del movimiento obrero toda vez que se han referido a ellos, lo han hecho con el propósito de polemizar con las tesis espontaneistas y a la vez hacer una apología en su propia actividad de dirigentes. De todos modos, a medida que el proceso de desarrollo autónomo de aquel otro movimiento obrero avanza y la emergencia de la subjetividad obrera independiente se hace más nítida en su antagonismo con el capital, las conductas alternas adquieren consistencia y complejidad, de manera que su incidencia sobre el tejido social ya no puede ser ignorada o despreciada. En los momentos actuales, el rescate de estos fenómenos es parte de la construcción de un discurso y una praxis propias de la subjetividad proletaria que obliga al capital a modificar sus prejuicios y a reformular sus intereses.

En definitiva el análisis genealógico es un instrumento de demistificación, el cual descomponiendo el presente en el pasado muestra como las ideas y los valores han ido formándose a partir de elementos muy heterogéneos. Su objetivo no es pues la depuración de los conceptos para sacar a relucir el brillo de su eterna verdad eterna. Lo que el análisis genealógico encuentra en su inspección cuidadosa de la historia no es el origen, es decir, la reificación conceptual actual proyectada en el pasado. Por el contrario, la investigación genealógica fragmenta los conceptos absolutos y dispersa sus partes por el terreno pantanoso e intrincado de las relaciones de poder, de donde emergen las reglas, las ideas, las subjetividades y los saberes y sus instituciones. La genealogía evita todo posible uso metafísico de la historia y muestra el camino que permite regresar los saberes, los conceptos y la conciencia a la materialidad social.

Podemos ahora resumir nuestra exposición sobre el método materialista de la siguiente manera: a) el análisis de la tendencia sigue el desarrollo real de la lógica antagónica y de la separación que en su despliegue material va modificando prácticamente los términos en que se dan los conflictos entre las clases en lucha y por lo tanto desplaza al cuadro teórico en concordancia con las mutaciones reales; b) el análisis genealógico, rastreando el proceso material de formación de los conceptos y de los discursos, disuelve toda abstracción categorial en la historia de las relaciones sociales y más específicamente en aquellas relaciones de fuerza, de poder que produjeron las verdades; de este modo se le restituye al pensamiento su materialidad genética. Parafraseando a Korsch (Hegel y la revolución), diríamos que el aguijón revolucionario contenido en el método dialéctico y que es replegado artificiosamente en la síntesis, es enderezado por la lógica antagónica del método de la tendencia, la cual no tiende a la síntesis (que es siempre del capital), sino más bien a la separación del trabajo de la realidad del capital. En el discurso teórico se quiebra esa circularidad conceptual propia de la dialéctica que sigue la circularidad real del valor que se valoriza, en el momento mismo en que el análisis lógico se

convierte en antagónico, dual y apunta hacia lo otro. Al mismo tiempo la absolutización propia del método dialéctico es disuelta por el análisis genealógico en los procesos históricos heterogéneos. La teoría queda libre de esa racionalidad envolvente del capital que pretende subsumirlo todo, y mientras la teoría rompe con la dialéctica, la necesidad de organización del proletariado corta sus últimos vínculos con el partido jacobino en todas sus variantes, bajo el impulso de una subjetividad obrera que se va consolidando en su autonomía frente al capital.

Ciertamente, la dialéctica juega un papel importante en Marx, aunque se trata de una lógica binaria más que circular, que hace énfasis en la separación entre las clases más que en el momento de recomposición de la realidad del capital. Esto último es más bien el campo privilegiado por la teoría económica marxista y el lugar donde el discurso crítico calla. Esto hizo posible que su pensamiento crítico fuese reinterpretado a manera de un marco categorial reificado, como en efecto ocurrió a partir del momento en que la teoría marxista fue acogida oficialmente por el movimiento obrero administrado. El propio Marx no es ajeno a este marxismo ortodoxo que tiene su teoría económica centrada en el concepto de valor, que cree tener una teoría del conocimiento «materialista» como la que nos ofrecen Engels y Lenin, que practica un moralismo conformista rico en tabúes y prejuicios de toda índole, que además enriquece su acerbo cultural con una sociología, una filosofía política y muchas otras disciplinas que contrariamente a las burguesas son científicas. Ese marxismo se esfuerza porque su discurso sobre el capital sea más verdadero que el que producen sus ideólogos declarados, al mismo tiempo que trabaja para que la racionalidad propia del capital, expresada en la ley del valor, logre su mayor perfección en el Estado planificador. Sin embargo, existe también un Marx que desarrolló el análisis de la tendencia y que vio surgir la subjetividad obrera como antagonismo irreductible al capital y anunció el fin de la Dialéctica y se dedicó a desmitificar la ciencia burguesa usando el análisis genealógico, aunque este último lo utilizara en menor medida que el primero. A este Marx nos vinculamos teórica y prácticamente, sin ninguna pretensión de que este Marx sea más auténtico que todos los otros Marx que la historia nos ha legado. El método materialista nos permite ir más allá del movimiento dialéctico del valor en su proceso de valorización de todo el marco categorial reificado que él mismo origina; para seguir la emergencia de la subjetividad desde el mismo momento en que el capital en su primera estrategia (durante los siglos de la acumulación originaria) produce al trabajo separado. En esto reside el punto de partida para la labor de desmistificación teórica que abre el camino hacia la comprensión de la estructura y la composición de la subjetividad proletaria en el presente.

El capitalismo definido como relaciones de poder que configuran un cuadro estratégico que produce el trabajo como categoría real separada desde donde emerge posteriormente una subjetividad antagónica a la del capital que lo obliga a reformular periódicamente los parámetros de su estrategia, muestra que el análisis no se propone construir serenamente un sistema categorial reificado con el fin de describir objetivamente el movimiento del capital. El discurso del capital y en particular la teoría económica reconocen la subjetividad del capital en la forma del homo oeconomicus y las leyes del mercado, de capacidad empresarial (el empresario de Schumpeter) o en la figura del Estado planificador. Sin embargo, el otro polo de la relación social constitutiva del capital queda reducido a simple cosa y se esfuma entre las mercancías confundiéndose con ellas. A lo sumo la oposición del trabajo asalariado es reconocida por el análisis como resistencia natural al proceso de valorización (el mínimo fisiológico de Ricardo); o como mero obstáculo puesto por el propio capital con el fin de superarlo en su movimiento dialéctico de desarrollo (como ocurre en la teoría del movimiento obrero administrado). Este proceso de reificación teórica es indudablemente parte de una reificación real. Así, la teoría es verdadera y recoge el hecho de que durante una fase histórica, el trabajo no es más que un elemento abstraído, separado del proceso de producción natural por el propio capital en su desarrollo histórico y que por lo tanto no es distinguible sino como elemento natural o como momento del capital. Pero el discurso del capital tiende a fijar en categorías permanentes el devenir histórico de las relaciones sociales; al mismo tiempo que el desarrollo real de las relaciones capitalistas produce la emergencia paulatina de una subjetividad del capital así como de una subjetividad del trabajo que modifican progresivamente el ámbito de la reificación. El discurso no deja de ser verdadero, sino que simplemente ignora la otra realidad que emerge, permaneciendo anclado a la perspectiva de la reificación. Por lo tanto, no se trata de diferenciar entre falso discurso ideológico y ciencia, sino más bien vincular cada discurso a su propia realidad. Desde la perspectiva del capitalismo individual la reificación es insuperable, no sólo en el discurso sino también en la realidad. Lo que ocurre es que la dinámica de las relaciones de dominación superan históricamente estas figuras del capital y con él a su discurso y a su reificación. Nuestro problema no es apropiarnos como buenos propietarios privados de la verdad, sino recorrer el camino que señala como se construyen las verdades. ♦

Cada día hay más extranjeros en el mundo

n los últimos tiempos, los racistas se están comportando más arrogantemente y el Estado de izquierdas los anima, puesto que retoma el slogan de extrema derecha: «Francia para los franceses».

Sin embargo, hace ya mucho tiempo que nos hemos convertido en extranjeros en nuestras naciones. La identidad nacional apenas tiene otro sentido que el jurídico: el tener «los papeles» de un Estado o de otro. Se «tiene» una nacionalidad de igual forma que se tiene un talonario de cheques, una hoja de salario o una multa. El nacionalismo, sea francés, árabe, israelí, ruso, americano o chino, se basa en referencias culturales cada vez más insignificantes y estúpidas.



El movimiento de la economía ha generalizado el nomadismo industrial y urbano, convirtiendo a todos en «inmigrantes», en gente que ha tenido que marcharse del lugar donde estaba enraizada, de sus comunidades, de sus pueblos, de sus montañas, de sus valles. ¡La economía se ríe de las patrias!

Quienes colocan en primer lugar su identidad nacional por miedo a la diferencia, no están menos desenraizados que los demás. Y, en el fondo, lo saben. Lo que defienden es su Estado y la ilusión de que éste les asegurará un «empleo».

Cuando, en Cour- neuve o en Nanterre un pobre tipo que se considera «francés» golpea a un chiquillo al que considera «árabe» porque esto es más fácil que disparar contra su propio jefe, es como para vomitar, ciertamente. Pero lo que hay que subrayar es que semejantes miserables se sienten protegidos por el Estado. La propia actividad del Estado alimenta el racismo: imprime y distribuye documentos de identidad nacional a «sus» súbditos al igual que los dueños de antaño marcaban con hierro al rojo vivo sus esclavos y su ganado. Y, además, organiza un sistema de permisos de residencia que mantiene a millones de seres humanos en una situación en que pueden ser expulsados en cualquier momento.

Los políticos que cada día proclaman: «produzcamos francés» y cada día expulsan a magrebinos porque son magrebinos Y a negros porque son negros, sacan al

mismo tiempo sus llamamientos antirracistas. Con la complicidad de los Estados extranjeros y sus policías delegadas, las «Amicales», el Estado francés incrementa controles, incursiones y registros de barrios enteros por parte de la policía contra los inmigrados a fin de disuadirlos de que salgan de sus ghettos e impedir que utilicen, como en Talbot Renault, la fuerza de sus lazos comunitarios a fin de defenderse. En realidad, entre Marchais, Mitterrand, Le Pen y Chirac hay querellas tan sólo acerca del número de inmigrantes que es necesario echar.

Muchos trabajadores «franceses» soportan mal la imagen del inmigrado porque les recuerda que también ellos son proletarios, es decir, excluidos potenciales. Antes de mirar lúcidamente su propia miseria; prefieren replegarse en torno a una falsa comunidad: la del trabajo garantizado por el Estado.

Pero la comunidad del trabajo se ha convertido en tan incierta como la comunidad nacional. Nadie está protegido ante los ataques de la economía... este otro nombre del capitalismo. Los obreros de la cuenca de Lorraine y de otras partes han podido verificar que, «franceses» o no, el capitalismo les ha convertido rápidamente en extranjeros en sus regiones después de haberles hecho día tras día un poco más extranjeros a si mismos.

Pues es la economía quien cada día nos trata todavía más como extranjeros al «emplearnos», es decir, al asignarnos actividades tan vacías como la inactividad del desempleado, al obligarnos a perder nuestra vida a fin de asegurar nuestra supervivencia.

Nos importan un comino las razas y las naciones. Todos somos extranjeros. Queremos vivir como nos plazca nuestras diferentes formas de ser humanos. La vida nos parece más atrayente cuando lo universal es lo que está verdaderamente en juego. La diversidad de aspectos físicos, las maneras variadas, los sabores y colores distintos, son posibilidades de felicidad.

En el juego gratuíto de nuestras diferencias, de nuestras atracciones, de nuestras repulsiones, de nuestros amores y de nuestras aspiraciones comunitarias, nos convertimos en humanos.

¡Abajo todas las patrias! ¡Abajo Francia!

Partidarios de la comunidad humana.

Correspondencia a: B.P. 214
75623 París Cedex 13
o bien: B. P. 243,
75564 París Cedex 12.

«ELEMENTOS FUNDAMENTALES PARA LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA

POLÍTICA» 1857-1858. CUADERNO VII. K. MARX

Nota de lectura

Comprender la naturaleza del Capitalismo es imprescindible para entender el Comunismo. Precisamente éste es la negación práctica de aquél. El siguiente texto escrito por Marx hace 125 años, nos muestra en profundidad tanto la naturaleza del capitalismo como la de la sociedad que su hundimiento puede alumbrar.

Más allá de una crítica—la que el marxismo ha desarrollado básicamente del sistema capitalista como modo de circulación, y de entender por tanto su negación como otras formas de distribución—, Marx descifra la naturaleza del capitalismo como sistema de producción fundado sobre el valor, basado en el intercambio de trabajo vivo contra trabajo muerto, materializado.

Su crisis pues no se debe a un desajuste en el mercado, sino a su misma necesidad de aumentar el tiempo de sobre-trabajo, ya que su finalidad es el valor, y por tanto de reducir al mínimo el tiempo de trabajo necesario, a la vez que éste es su única fuente de riqueza.

El dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, ideal hacia el que tiende el capitalismo, se consolidará con la revolución científico-técnica y llegará a sus máximas cotas con la tecnología actual. Después de 125 años de haber sido escrito este texto, vemos como la revolución tecnológica iniciada a fines del pasado siglo, pone a la ciencia apropiada por el capitalista en el centro

«A partir del momento en que el capital fijo ha alcanzado un cierto grado de desarrollo —y en este desarrollo el índice del desarrollo de la gran industria— a partir de este momento, toda interrupción del proceso productivo opera directamente reduciendo el capital mismo, es decir, su valor inicial. El valor del capital fijo solamente se reproduce en la medida en que se le consume en el proceso de producción. Si no se le utiliza pierde su valor de uso sin que su valor se transfiera al producto. Por consiguiente, cuanto más se desarrolle el capital fijo, tanto más la continuidad del proceso de producción o el flujo constante de la reproducción se vuelve una condición imperativa del modo de producción fundado sobre el capital.

La apropiación del trabajo vivo por el Capital se manifiesta directamente en el maquinismo aún desde otro punto de vista: es el conocimiento y la aplicación de las leyes mecánicas y químicas que dimanan directamente de la ciencia, lo que permite a las máquinas ejecutar el mismo trabajo que antes efectuaba el obrero.

mismo de la producción, transformándola en capital. La informática será el instrumento privilegiado de esta integración de la ciencia en el proceso de producción.

Entonces, la creación de la riqueza ya no depende del tiempo de trabajo sino del estado general de la ciencia. El trabajo deja de ser la fuente de la riqueza; el tiempo de trabajo deja de ser la medida del trabajo; y el valor de cambio deja de ser la medida del valor de uso. La producción fundada sobre el valor se hunde. No operando ya en provecho del sobre-trabajo, la reducción del tiempo de trabajo necesario permitirá la libre realización del individuo. La medida de la riqueza ya no es el tiempo de trabajo sino el tiempo disponible. El trabajo individual se transforma en trabajo social, en actividad humana.

Hoy, este modo de producción basado en la ley del valor, domina realmente todo el mundo. Ha configurado un mercado mundial. Ha convertido todo producto en mercancía, todo trabajo en trabajo asalariado. Ha desarrollado su contradicción: teniendo por finalidad no la producción sino la producción de valor, haciendo posible la abundancia ha generalizado la escasez. Cada vez más el comunismo, como fin de este modo de producción y como otro tipo de actividad humana, aparece como única posibilidad de la vida humana.

Sin embargo este desarrollo del maquinismo sólo empieza cuando la gran industria ha alcanzado ya un nivel superior y el Capital ha puesto a su servicio a todas las ciencias. Se requiere también que el nivel del maquinismo brinde ya grandes recursos. Las invenciones se convierten entonces en rama de la actividad económica y la aplicación de la ciencia a la producción inmediata misma se torna en un criterio que determina e incita a esta. No es a lo largo de esta vía, empero, que ha surgido el maquinismo en general y menos aún la vía que sigue en detalle la misma durante su progresión. Es la división del trabajo, que habiendo transformado más y más las operaciones manuales en operaciones mecánicas, ha vuelto posible a la larga su reemplazo por la máquina. (Problema de la economy of power). Se ve aquí como un modo de trabajo es transferido del obrero al capital bajo forma de máquina, y en virtud de esta transposición se desvaloriza su propia capacidad de trabajo. De ahí la lucha de los obreros contra las máquinas. Lo que era actividad del obrero

vivo se convierte en actividad de la máquina. De este modo la apropiación del trabajo por el Capital, se manifiesta al obrero de forma brutalmente clara: el capital absorbe el trabajo vivo «como si tuviera el diablo en el cuerpo».

El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir, el poner el trabajo social bajo la forma de oposición entre capital y trabajo asalariado, constituye el último desarrollo de la «relación de valor» y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es y sigue siendo la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado, como factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez -su power effective ness- no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de la ciencia, particularmente de la ciencia natural y, con ella, de todas las demás, está a su vez ligado al desarrollo de la producción material). La agricultura, por ejemplo, se transforma en mera aplicación de la ciencia que se ocupa del intercambio material de sustancias, de cómo regularlo de la manera más ventajosa para el cuerpo social entero. La riqueza efectiva se manifiesta más bien -y esto lo revela la gran industria- en la enorme desproporción cualitativa entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, reducido a una pura abstracción, y el poderío del proceso de producción controlado por aquel trabajo. Ya no es el trabajo propiamente el que aparece en tanto que recluido en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. (Lo dicho sobre el maquinismo es válido igualmente para la combinación de las actividades humanas y el desarrollo del comercio). El trabajador ya no se interpone como un eslabón entre el objeto natural modificado y él mismo; sino que es un acto espontáneo -transformado en proceso industrialque interpone el trabajador entre el mismo y la naturaleza inorgánica de la cual se hace dueño. Se coloca, el trabajador, al lado del proceso de producción en lugar de ser su agente principal. Lo que aparece, entonces, en esta transformación, como el pilar fundamental de la producción de la riqueza, no es ni el trabajo inmediato ni el tiempo de trabajo, sino la apropiación por el hombre de su propia fuerza productiva universal; o sea, es la comprensión y el dominio de la naturaleza por el conjunto de la sociedad, concretamente, la expansión del individuo social. «El robo de tiempo de trabajo ajeno, base actual de la riqueza», aparece como un fundamente miserable comparado con el que crea u desarrolla la gran industria misma. Cuando, en su forma inmediata, el trabajador haya cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo dejará y deberá dejar de ser la medida del trabajo, del mismo modo que el valor de cambio dejará de ser la medida del valor de uso. El plus-trabajo de las masas humanas dejará de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, de la misma manera que el ocio-patrimonio de unos pocos no será ya una condición para el desarrollo de las facultades generales del cerebro humano. De ahí que la producción fundada sobre el valor de cambio se desmorone y el proceso inmediato de la producción material se despoje de su forma y de sus condiciones miserables. No estableciéndose ya en beneficio del plustrabajo, la reducción del tiempo de trabajo necesario permitirá la libre expansión del individuo. En efecto, gracias a las posibilidades del ocio y a los medios puestos al alcance de todos, la reducción al mínimo del trabajo social necesario favorecerá el desarrollo artístico, científico, etc de cada uno.

El Capital es la contradicción en proceso: tiende a reducir al mínimo el tiempo de trabajo a la vez que hace de éste la única fuente y medida de la riqueza.

Disminuye, pues, el trabajo en su forma de trabajo necesario para aumentar lo en su forma de trabajo excedente, haciendo de éste la condición -question de vie ou de mort- del tiempo de trabajo necesario. Por un lado, el capital pone en movimiento todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza, estimulando la cooperación y el comercio sociales para liberar (relativamente) la creación de la riqueza del tiempo de trabajo; por otro lado, pretende medir en tiempo de trabajo las inmensas fuerzas sociales así creadas de modo que frena, inmoviliza y limita las fuerzas productivas ya adquiridas. Fuerzas productivas y relaciones sociales -doble principio del desarrollo del individuo- no significan para el capital sino dos simples medios para mantenerse sobre su propia base mezquina. En realidad, son en aquellas en donde se dan las condiciones materiales que harán estallar los fundamentos del capital.¹

La naturaleza no construye ni locomotoras ni ferrocarriles, ni telégrafos eléctricos, ni máquinas automáticas, etc. Todos ellos son productos de la industria humana, materiales naturales transformados en órganos de la voluntad humana para dominar la naturaleza o para realizarse en ella. Son «órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre»; son la potencia materializada del saber. El desarrollo del capital fijo muestra hasta que punto el conjunto de conocimientos (Knowledge) se transforma en una potencia productiva inmediata, hasta que punto las condiciones del proceso vital de la sociedad están sometidas a su control y son transformadas según sus normas, hasta que punto las fuerzas productivas han

adoptado no sólo un aspecto científico, sino que se han convertido en órganos directos de la práctica social y del proceso real de la existencia.

La «creación», al margen del tiempo de trabajo necesario, de «numerosas posibilidades de ocio» en beneficio de la sociedad en general y de cada individuo en particular, para el pleno desarrollo de sus facultades creativas, aparecen en el sistema capitalista y precapitalista como el tiempo de no trabajo, como ocio para unos pocos. Lo que aporta de nuevo el capital es que incrementa el tiempo de plus-trabajo de las masas por todos los medios del arte y de la ciencia, ya que persigue como fin inmediato no el valor de uso, sino el «valor en sí», que no puede realizar sin la apropiación directa del tiempo de plus-trabajo, que es la parte constitutiva de su riqueza. Así, reduciendo al mínimum el tiempo de trabajo, el capital contribuye a su pesar a crear tiempo social disponible al servicio de todos, para el desarrollo de cada uno. Pero creando «tiempo disponible», tiende a transformarlo en plus-trabajo.

En la medida que lleva a cabo esta tarea en mayor grado sufre la sobreproducción; y tan pronto como no está en condiciones de explotar el plus-trabajo, el capital frena el trabajo necesario. Cuanto más se agrave esta contradicción, en mayor medida se percibe que el crecimiento de las fuerzas productivas debe depender no de la apropiación del plus-trabajo por otro, sino por la masa obrera misma. Cuando ella llegue a ese punto – y el tiempo disponible pierda de golpe su carácter contradictorio- el tiempo de trabajo necesario se vinculará, por una parte, a las necesidades del individuo social, mientras que se asistirá, por otra parte, a un crecimiento tal de las fuerzas productivas que las posibilidades del ocio se incrementarán para cada uno, estableciéndose el cálculo de la producción en función de la riqueza de todos. Siendo la verdadera riqueza la total potencialidad productiva de todos los individuos, el patrón de medida no será el tiempo de trabajo sino el tiempo disponible. Adoptar el tiempo de trabajo como patrón de la riqueza, es fundamentar ésta sobre la pobreza; es pretender que la posibilidad del ocio no existe más que en y por oposición al tiempo de plustrabajo. Es decir, es reducir todo el tiempo al solo tiempo de trabajo y degradar al individuo al papel exclusivo de obrero, de instrumento de trabajo. Es por eso que el maquinismo más perfeccionado fuerza al obrero a consagrar más tiempo al trabajo del que nunca consagró el salvaje de la sabana o el artesano con sus útiles simples y rudimentarios.

Del mismo modo que con el desarrollo de la gran industria la apropiación del tiempo de trabajo ajeno deja de ser la razón y la fuente de la riqueza, el trabajo inmediato deja de ser, igualmente, como tal la base de la producción; pues, por una parte, el trabajo se transforma en una actividad de vigilancia y de dirección,

y por otra, el producto ha dejado de ser el resultado del trabajo aislado y directo: es la «combinación» de la actividad social la que aparece, de hecho, como el productor.²

En el intercambio inmediato, el trabajo inmediato de un individuo es realizado en una parte o en la totalidad de un producto particular. Su carácter social —en tanto que materialización del trabajo general y satisfacción de la necesidad colectiva— no se manifiesta más que por el intercambio. Por contra, en la producción industrial a gran escala, el dato primordial es, por un lado, el sometimiento de las fuerzas naturales a la inteligencia social, sometimiento que se manifiesta en la transformación de los medios de trabajo en proceso automático y, por otro lado, la abolición del trabajo individual en su inmediatez y en su particularidad, y su transformación en trabajo social. De esta forma desaparece la otra base de este modo de producción.

En el propio seno del proceso creador del capital, el tiempo de trabajo empleado en la producción del capital fijo se relaciona con el tiempo de trabajo empleado en la producción del capital circulante, tal y como en el tiempo de plus-trabajo se relaciona con el trabajo necesario. En la medida que la producción destinada a la satisfacción de las necesidades inmediatas se intensifica, una gran parte de la producción puede ser desviada hacia la satisfacción de las necesidades del aparato productivo mismo; es decir, hacia la producción de medios de producción. En la medida que la producción del capital fijo lleva materialmente no a la fabricación de valores de uso inmediatos o de valores necesarios a la reproducción inmediata del capital (lo que representaría indirectamente el valor de uso) sino a la producción de medios destinados a la creación del valor en sí en lugar del valor como objeto inmediato; lo que, dicho de otro modo, significaría la valorización de la producción por sí misma. El capital fijo plantea materialmente el valor como fin y objeto directo de la producción, permitiendo –en un cierto grado de capacidad muy superior al capital circulante- que el capital se afirme con toda eficacia como su propio fin. Desde este punto de vista, igualmente, es la magnitud adquirida por el capital fijo y la de su producción en el conjunto del proceso quienes son la medida del desarrollo de la riqueza fundada sobre el modo de producción del capital.³

La economía efectiva, el ahorro, consiste en el ahorro de tiempo de trabajo (y en reducir al mínimo los costos de producción). Pero inseparable del desarrollo de las fuerzas productivas, esta economía no es en absoluto una renuncia al disfrute. El crecimiento de la fuerza y de los medios de producción condiciona las facultades que hacen al individuo apto para gozar de la existencia, aptitud que va a la par del poder productivo. El ahorro de tiempo de trabajo significa aumento de tiempo libre,

o sea tiempo para el desarrollo pleno del individuo, desarrollo que a su vez actúa como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo. Se puede considerar este ahorro, desde el punto de vista del proceso inmediato de producción, como producción de capital fijo, del cual el hombre mismo sería la encarnación. Ni que decir tiene que el mismo tiempo de trabajo inmediato no puede permanecer en la antítesis abstracta con el tiempo libre, tal como se presenta este desde el punto de vista de la economía burguesa. Al contrario de lo que quiere Fourier, el trabajo no puede volverse juego, pero a aquél le cabe el gran mérito de haber señalado que el fin último no era abolir la distribución sino el modo de producción, incluso en su forma superior. El tiempo libre –que tanto es tiempo para el ocio como tiempo para actividades superiores- ha transformado a su poseedor, naturalmente, en otro sujeto, el cual entra entonces también, en cuanto ese otro sujeto, en el proceso inmediato de la producción. Es este a la vez disciplina -considerado respecto al hombre que deviene- y ejercicio ciencia experimental, ciencia que se objetiva y es materialmente creadora –con respecto al hombre ya devenido, en cuyo intelecto está presente el saber

acumulado de la sociedad—. Para ambos, el trabajo, en la medida en que exige actividad manual y libertad de movimientos, es a la vez ejercicio.

Así como el sistema de la economía burguesa se desarrolla poco a poco, otro tanto ocurre con la negación del sistema mismo, negación que es el resultado último de esta economía. Todavía tenemos que seguir ocupándonos del proceso inmediato de producción. Si consideramos la sociedad burguesa en su conjunto, aparece siempre, como último resultado del proceso de producción social, la sociedad misma, vale decir el hombre mismo en sus relaciones sociales. Todo lo que tiene forma definida como producto, etc, se presenta sólo como momento, momento evanescente en este movimiento. El mismo proceso inmediato de producción se presenta aquí sólo como momento. Las mismas condiciones y objetivaciones del proceso son uniformemente momentos del mismo, y como sujetos del proceso aparece sólo los individuos en sus relaciones recíprocas que ellos reproducen tanto como crean. Aquí está el proceso constante de su propio movimiento, en el que ellos mismos se renuevan en el acto de renovar el mundo de riquezas que ellos crean».

Notas

- 1. «Una nación es verdaderamente rica cuando en vez de doce horas se trabajan seis. La riqueza no es disposición de tiempo de plus-trabajo (riqueza efectiva), sino *tiempo disponible* para cada individuo y para toda la sociedad, aparte del tiempo usado en la producción inmediata». (*The Source and Remedy...*, 1821, p. 6).
- **2.** «Con una extremada división del trabajo, casi todo el trabajo de un individuo forma parte de un todo, sin valor ni utilidad en sí. Nada hay de lo cual el obrero pueda decir: esto es mi producto, es lo que guardo para mí». (Hodgskin, *Labour Defended...*, p. 25).
- **3.** El número de los trabajadores depende del capital circulante en la misma medida que de la cantidad de productos del trabajo colectivo que puedan consumir». (Hodgskin, *Labour Defended...*, p. 20).

Los pasajes citados más arriba, tomados de diversos economistas, se refieren en su totalidad al capital fijo como parte del capital comprendida en el proceso de producción. «El capital circulante se consume; el capital fijo se usa sólo en el gran proceso de producción» (*Economist*, nov. 1944). Esto es falso, y sólo es válido para la parte del capital circulante consumido por el capital fijo, para las materias instrumentales. Sólo el capital fijo se consume «en el gran proceso de producción», considerado éste como el proceso inmediato de producción. El consumo dentro del proceso de producción es de hecho uso usura. Por lo demás no se debe concebir

de manera puramente material la mayor durabilidad del capital fijo. El hierro y la madera que componen la cama en que duermo, o la piedra de la que está hecha la casa en que vivo, o la estatua de mármol que embellece un palacio, son tan duraderas como el hierro y la madera, etc, empleados para la máquina. Pero en el caso del instrumento, en el caso del medio de producción, la durabilidad es una condición y no sólo desde el punto de vista técnico, porque los metales, etc, son el material básico de toda maquinaria, sino porque el instrumento está destinado a desempeñar constantemente el mismo papel en repetidos procesos de producción. En cuanto medio de producción, su durabilidad es requerida directamente por su valor de uso. Cuanto más a menudo hubiera de renovársele, tanto más costaría; tanto mayor parte del capital se debería emplear inútilmente en él. Su duración constituye su existencia en cuanto medio de producción. Su duración es aumento de su fuerza productiva. En el caso del capital circulante, por el contrario, en la medida en que no se le transforma en capital fijo, la durabilidad no está ligada en absoluto al acto de producción mismo. «... Con pocas excepciones, a partir de la introducción general de mecanismos inanimados en las manufacturas británicas se trató a los hombres como a una máquina secundaria y subalterna, y se prestó mucha más atención al perfeccionamiento de la materia prima de madera y metales que a la de cuerpo y espíritu.» (Robert Owen, Essays on the Formation of the Human Character, 1840, p. 31).



PARA UNA UNIÓN MUNDIAL DE LAS TENDENCIAS REVOLUCIONARIAS

Proyecto que se propone a la reflexión de los camaradas para quienes pensar y actuar es inseparable, entendiendo que la asociación para definir unos modos de acción constituye en ella misma una manera de actuar, y que las querellas ideológicas no deben impedir la unión de las tendencias revolucionarias: la suerte de un movimiento revolucionario depende de la realización de esta unión.

Podemos considerar que la teoría revolucionaria está ya hecha, pero debemos reconocer también que esto no ha conducido, hasta el momento, a un movimiento revolucionario auténtico que ponga en peligro el orden social mundial dominado por el capital y por el Estado. Estas dos plagas, de las que disponen las oligarquías económicas y políticas, amenazan hoya la humanidad con un cataclismo sin parangón en la historia. Mantienen a la especie humana en un estadio de incertidumbre permanente; la inseguridad material y moral de las masas entraña casi automáticamente la sumisión de la inmensa mayoría a las empresas de explotación económica y a las aventuras político-militares de los poderes establecidos.

Los discursos político-militares de los gobiernos de los países realmente capitalistas y de los países falsamente socialistas revelan, por su profunda identidad, los síntomas de una nueva forma de alienación mental que estamos en el derecho de considerar como un nuevo género de paranoia. La patología de esta alienación, disimulada tras los discursos perfectamente lógicos, está por elaborar, mientras los mejores representantes de la psiquiatría y de la antipsiquiatría modernas, obsesionados casi exclusivamente por las «estructuras hospitalarias», se desinteresan por el carácter paranoico de los comportamientos observables entre los miembros de la clase político-militar tanto en los países alta mente civilizados como en los países en «desarrollo».

Importa, por consiguiente, constatar la evidencia: los pueblos del mundo están dispuestos a jugar el juego infernal de sus gobiernos, tanto en el Este como en el Oeste, tanto en el Norte como en el Sur, cualesquiera que sean los regímenes establecidos, «democráticos» o «totalitarios», siendo idéntica la naturaleza del modo de producción sobre el que estos están fundados. Sí es cierto que existen, aquí y allá, focos de oposición o de subversión, éstos no representan en ninguna parte una verdadera amenaza para las clases dominantes, incluso si dentro de ellas se enfrentan tendencias políticas e ideológicas rivales. Ante las masas sometidas y desposeídas, los dueños de los medios de producción

y de distribución, tanto en el terreno económico como en el cultural, se libran frenéticamente a las actividades preferidas para satisfacer sus necesidades y sus instintos más perversos a expensas de las masas. Los individuos, hombres y mujeres, que aún hoy pueden clasificarse —a pesar del inmenso progreso de las ciencias y de las técnicas— en la categoría de «masas trabajadoras», desempeñan las tareas materiales e intelectuales necesarias al mantenimiento y desarrollo de la civilización burguesa, es decir, de la barbarie del capital, aceptando y sosteniendo más o menos conscientemente el sistema de valores en el orden de la moral y de la cultura, en su diaria existencia de ciudadanos y de productores.

Nada caracteriza mejor el estado actual del mundo que la perspectiva, aceptada casi unánimemente, de una nueva guerra social vista como el último recurso para la salvación de los bienes y de los valores proclamados sagrados por los dueños del poder político-militar y del saber tecnocrático. «Antes muerto que rojo», se proclama en los países del llamado mundo libre. «Antes muerto que americano» se pontifica en los países decretados socialistas.

«La clase obrera es revolucionaria o no es nada» (Marx, 1865).

Si aceptamos hoy esta advertencia, tendremos que admitir, que una sola alternativa se dibuja ante nuestros ojos: la revolución o la nada. Ante esta elección fatal, la única posibilidad de salvación está en la organización de un movimiento revolucionario cuya divisa debiera ser: «¡primero la práctica, a continuación la teoría;». Entendámonos, la acción no se opone a la reflexión teórica, pero su finalidad revolucionaria no debe subordinarse a una teoría considerada infalible y menos aún a una ideología, cualquiera que ésta sea; ya que como nos lo demuestra la experiencia de los movimientos grupusculares, toda adhesión ideológica es sinónimo de hundimiento sectario. Las oligarquías dominantes nada tienen que temer de las profesiones de fe revolucionarias que se intercambian los grupos divididos ideológicamente, opuestos en sus respectivos boletines, de reducida tirada y de aparición efímera lo más a menudo.

«... la unión de los trabajadores es la primera condición de su triunfo» (Marx, 1847).

No hace falta ninguna teoría, ningún marxismo, para admitir esta verdad bien anterior a la obra de Marx. Pero admitirla y atenerse a ella son dos posiciones bien distintas. La constatación de la existencia de numerosos grupos y partidos que se llaman «marxistas», de varias escuelas de pensamiento que se reclaman de una variante particular del marxismo e invocan piadosamente tal o cual nombre de la posterioridad marxista (Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotski, Mao...), este solo hecho demuestra la impotencia de los servidores del culto marxista ante la indiferencia y la apatía de las masas a las que ellos destinan sus luces teóricas.

El objetivo revolucionario solo será alcanzado si el movimiento es llevado por individuos cuyo comportamiento y acción tiendan a la unión y a la solidaridad más bien que a un acuerdo teórico; si este movimiento se confunde con la actividad de las masas e individuos cuya fuerza revolucionaria será su número y no su misión a consignas de vanguardias divididas entre ellas por «plataformas» contradictorias que se ponen como obstáculos a la unión de los trabajadores manuales e intelectuales. Es conforme al espíritu y a la letra de la enseñanza de los pensadores socialistas del siglo XIX, incluido Marx, conceder la prioridad a la práctica revolucionaria sobre la especulación verbal, y concentrar la reflexión sobre una acción concreta llevada por un movimiento de masas. Importa, pues, elaborar conjuntamente un proyecto de subversión social progresivo con el respeto crítico a los imperativos revolucionarios heredados de los reformadores (socialistas, comunistas, anarquistas) cuyas contribuciones teóricas y prácticas guardan aún hoy un cierto valor.

Al esbozar este proyecto de acción, renunciamos recurrir a la autoridad de Carlos Marx y, aún menos, a la de un marxismo cualquiera. Nuestro homenaje, en este año del centenario, se dirige a través de su obra a la causa emancipadora que él hizo suya, por tanto a una revolución imaginaria cuya realización práctica nos importa más que las interminables y estériles cuestiones de los profesionales del discurso ideológico o académico. A diferencia de otros pensadores del siglo XIX, tratados de «grandes», los Hegel, Kierkegaard o Nietzche; Marx intenta hoy como ayer conectar con la «vil multitud», con la «masa masiva», con la humanidad sufriente que piensa y quiere actuar y con la humanidad pensante consciente de su alienación.

Es efectivamente intolerable que un pensador revolucionario cuya obra se destina ante todo a la clase más numerosa y más pobre (según la formulación de Saint-Simón), sea confiscado por castas de intelectuales para quienes la interpretación del mundo manda sobre la transformación del mundo. No es justo que el «año Marx» sea celebrado con discursos sin consecuencias y con exégesis sin interés alguno ni para el proletariado de los países ricos ni para las masas hambrientas y humilladas de los países pobres.

Imaginemos un movimiento revolucionario ofreciendo el máximo de éxito. Solamente un movimiento organizado sobre la base de un proyecto global, depurado de toda ambigüedad ideológica y de toda referencia a conceptos entrados en lo sucesivo por usurpación en el discurso oficial de los regímenes proclamados «socialistas» o «comunistas», un movimiento capaz de inventarse un nuevo lenguaje fiel al espíritu crítico de los pioneros de la emancipación humana, solamente un tal movimiento podría contar con las conciencias de las víctimas de las plagas antes mencionadas: el capital y el Estado. Los principios de asociación a adoptar se reducen a un pequeño número de constataciones y de postulados empíricos:

1° sobre la naturaleza de la crisis mundial anunciadora de la catástrofe mundial sin precedentes, continuación normal de las calamidades que han marcado la historia de nuestro siglo XX y continúan abrumándonos en cada instante de nuestra existencia.

2º sobre la necesidad prioritaria de una unión de las tendencias revolucionarias dispersas, divididas por convicciones ideológicas de las que se nutre el sectarismo estéril, en provecho de los representantes del poder político e intelectual.

3º sobre las reglas de conducta revolucionaria, siendo quizás la más eficaz, en las actuales circunstancias históricas, el arma de la HUELGA GENERAL conllevando la ruptura total con los mecanismos de sujeción y embrutecimiento gracias a los cuales las oligarquías económicas y políticas han logrado hasta hoy mantenerse y reforzarse.

«Para el triunfo último de los principios expuestos en el *Manifiesto Comunista*, Marx se fiaba solamente del desarrollo intelectual de la clase obrera, como debía resultar necesariamente de la discusión común» (Engels, 1890).

Por poco que nos tomemos en serio esta proposición, veremos en ella una exhortación a subordinar nuestras divergencias teóricas al imperativo de llegar a la mayor unión mundial de las tendencias revolucionarias. Esto será de alguna manera el acto fundador anterior a toda discusión relativa a los tres principios de asociación antes definidos.

Cara a esto proponemos un programa de acciones a empezar en el término más breve posible, sin sobrepasar el año 1983: 1º organización de un «coloquio fraternal» donde se presentarían los representantes de los «grupos» (en la aceptación más extensa del término) que puedan caracterizarse como «tendencias revolucionarias», en razón de su posición teórica y de su actividad de propaganda. Este coloquio podría celebrarse durante la se mana de Navidad 1983 en París.

2º publicación de un BOLETÍN DE CORRESPONDENCIA (¿trimestral?) que sería el órgano provisional de los «candidatos» al título de «tendencia revolucionaria». Las modalidades de este proyecto serán discutidas durante el «coloquio fraternal».

3° constitución inmediata de «Comités de Correspondencia» cara a las realizaciones de los puntos 1 y 2, y conduciendo hacia la formación de una *red de comunicación*.

París, Junio 1.983 Comité de Correspondencia

(Todo el correo relativo al presente proyecto, enviarlo a la siguiente dirección:

Comités de Correspondencia SPARTACUS. 5 rue Sainte-Croix de la Bretonnerie 75004 París - Francia)

Como un verano y mil julios... y otras estaciones...

«Como un verano con mil julios...» es una crónica completada con una serie de consideraciones, sobre las revueltas urbanas en Gran Bretaña durante el verano de 1982.

Siguiendo el hilo de los acontecimientos, los autores van exponiendo los comportamientos de las diversas minorías raciales, resaltando el papel jugado por los jóvenes, incluidos los jóvenes blancos, de los cinturones suburbanos en aquellos acontecimientos. El racismo, el desmoronamiento de los valores tradicionales de las comunidades inmigrantes que se patentiza en la oposición entre padres e hijos, el comportamiento represivo de la policía, son, entre otros, los puntos referenciales que delimitan el cuadro general de este folleto.

El comportamiento de los jóvenes, que imprimió un marcado carácter de revuelta juvenil a los acontecimientos comentados, da pie a los autores para afirmar, sobrevalorando lo estrictamente aparente en la beligerancia de las acciones inmediatas, la naturaleza de los enfrentamientos, expropiaciones, insumisiones, etc, como expresiones espontáneas de nuevos proyectos de vida ajenos, y en beligerante antagonismo, a los modelos dominantes, interiorizados desde la familia, la escuela, el trabajo...

Aunque el excesivo apego al espontaneísmo por parte de los autores les lleva, como muy bien señalara Venan Brisset en su reseña de este mismo folleto en Échanges nº 33, a omitir la crítica de ese mismo espontaneísmo que hiciera posible desvelar las limitaciones reales de las acciones espontáneas inmediatas, «Como un verano...» ofrece el indudable interés de aportar una información precisa sobre unos hechos frecuentemente tergiversados, cuando no silenciados, por los medios de comunicación y control ideológico, a la vez que unas sugerentes indicaciones acerca de la situación social en Gran Bretaña.

(Ponemos a vuestra disposición una traducción resumida de 25 páginas, aunque perfectamente legible, defectuosa en cuanto a estilo. Podéis solicitarla al Apartado de Correos 1363, Barcelona).

La edición inglesa es distribuida por: BM. BLOB. London WC I N3XX ENGLAND